

ANA VICTORIA ESMERALDA

TODO
POR UN
TWEET



TODO POR UN TWEET

ANA VICTORIA ESMERALDA

Copyright © 2023 Ana Victoria Esmeralda

La licencia de uso de este libro es para tu disfrute personal. Derechos reservados.

«Almas Perdidas» está Inscrito en el registro de la Propiedad Intelectual del Principado de Asturias. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo se podrá hacer con la autorización del titular salvo excepción prevista por la ley.

Portada diseñada con CANVA

Capítulo 1

11 de octubre de 2018

Madre mía, madre mía, madre mía, la que había liado con la publicación de Twitter. Una frasecita inocente, sin dobles intenciones, que trajo de golpe a mis días un pasado que se había sucedido hacía seis años. Un pasado que se volvía muy presente y que estaba convirtiendo en un auténtico caos mi vida.

¿Cómo era posible que una frase acompañando una foto de una mujer joven hubiese originado tal revuelo? Simplemente era una dedicatoria, un recuerdo para aquella persona con la que tanto disfruté y con la que no podré generar más recuerdos, una cita inocente: «Siempre nos quedarán los recuerdos que tanto disfrutamos creando juntas, TQM».

¿Cómo podía eso avivar los rescoldos de unas relaciones que apenas llegaron a serlo? No lo alcanzo a comprender. Cómo tampoco entiendo que narices hago encerrada en este baño, hiperventilando, huyendo de la fiesta de pijamas que me han montado mis fantasmas del pasado.

¿Y ellas? ¿Qué narices hacen ellas en mi casa y juntas? A mi edad necesito tranquilidad no juegos de trileros con mis relaciones, ni que mi piso se parezca al camarote de los hermanos Marx.

¿Y la fiesta? ¿Quién narices organizó esta fiesta? Porque yo no recuerdo haberlo hecho ni haber invitado a nadie, sin embargo, mi salón está lleno de gente que apenas conozco, conocidos, amigos de mi marido y ellas. Ellas que aparecen de la nada, como si se hubiesen puesto de acuerdo para llegar de nuevo a mi vida en el mismo momento.

Alguien pelea con la puerta en la que tengo apoyada mi espalda, esa que me mantiene en este pequeño reducto de paz separándome de la vorágine que está a punto de desatarse al otro lado. Insisten en abrir, pero yo aún no estoy preparada para enfrentarme a mis demonios, ni a mí misma, ni a todos los sentimientos que bullen dentro de mí de nuevo.

—¡Ocupado! —grito para que se me oiga al otro lado por encima de la música.

—Cariño, ¿estás bien? —¿Y cuándo se supone que ha llegado él?—. Ábreme me estás preocupando. —Abro tímidamente la puerta apartándome hasta el fondo del baño para que nadie pueda verme desde el salón—. Cielo, ¿qué haces aquí? Deberías estar afuera con nuestros invitados.

—Yo no he invitado a nadie, Pablo.

—Lo sé, los he invitado yo. —Lo miro perpleja sin acabar de entender de qué va todo esto—. Sí, no me mires así. Yo he organizado todo esto, ya es hora de que te decidas.

—¿Qué me decida? —Sabía muy bien a lo que se refería, pero no cómo se había enterado ni cómo se tomaba tan bien la situación cuando yo misma estaba hecha un manojo de nervios y no era mi corazón el que estaba jugando a la ruleta rusa con el destino.

—¡Oh, vamos! No te hagas la despistada. Hace meses que estás rarísima, te pones nerviosa cuando escribes en el móvil, parece que estás continuamente controlando que no te espíen. No tenemos tanto tiempo para nosotros y, cada vez que vuelves de un café con una de ellas, estás distinta.

—Yo, Pablo, no sé qué decir.

—No quiero que digas nada, quiero que seas feliz, que lo seamos los dos, así no lo somos ninguno. —Me cogió las manos y las besó—. Sé que estás confusa, aceptaré lo que decidas, no me pidas que lo comparta porque si por mi fuera estaríamos juntos para siempre, pero lo

aceptaré.

—¿Y si no me quedo contigo? —Se encoge de hombros.

—Me tocará seguir adelante, pero si te quedas tan solo porque es lo sencillo, puede que te arrepientas de esa decisión toda tu vida y ese arrepentimiento acabe por separarnos.

—No puedo, Pablo, no me pidas que yo... —Me agarré fuerte a sus manos sollozando.

—Eh, pequeña, no llores. Sal ahí, disfruta de tu cumpleaños, baila, habla, ríe y decide.

Me giró hacia la puerta sujetándome por los hombros empujándome hacia el salón. Intenté resistirme, pero sabía que Pablo tenía razón. Inspiré con fuerza, cogiendo el pomo de la puerta. La abrí y todos comenzaron a jalearme alzando sus copas. Sonreí agradeciendo el gesto. Pablo me dio otro empujoncito y yo me resistí a avanzar de nuevo cuando sentí las miradas de aquellas tres mujeres clavadas en mi cuerpo.

MACA

Capítulo 2

28 de agosto de 2018

El olor a humedad estaba instalado en el ambiente. El calor se pegaba mi piel arrancando de mis poros gotas de sudor. El aire embravecido removía las hojas de los árboles. Y yo, yo apuraba mi paso rezando para llegar a mi cafetería favorita antes de que las oscuras y amenazantes nubes negras descargaran la tormenta que retenían a duras penas en sus esponjosos cuerpos necrosados. Los truenos retumbaban haciendo vibrar las cristaleras de L'Amelie, la confitería en la que siempre recalaba cuando hacía mi alto en el teletrabajo para disfrutar de un buen café que solía acompañar de un pastel artesano. Hacía tiempo que no me preocupaba por las calorías ingeridas de más, al fin y al cabo, había descubierto que mi metabolismo era demasiado benévolo con mis muchos excesos gastronómicos no incrementando tallas a mí cuerpo en la misma proporción que yo lo castigaba con dulces, caprichos y copiosas comidas. Pablo siempre se enfada al ver que con un poco de ejercicio quemaba lo que a él le costaba horas de gimnasio. Lo que mi hombre no sabía era que la ansiedad consumía más calorías que cualquier deporte que pudiese realizar, incluyendo nuestras sesiones de sexo comedido.

Abrí la puerta entrando a la confitería con más fuerza de la que pretendía escapando de las primeras gotas gordas que empezaban a golpear con fuerza las aceras que auguraban el inicio de un chaparrón que empaparía a cualquier desdichado que no se encontrase bajo techo. Agité mi cuerpo, más por inercia que para apartar de él un frío inexistente, antes de dirigirme a la mesa de la segunda planta que ocupaba siempre. El lugar más oculto del local, al lado de una cristalería a través de la cual podía ver sin ser vista, en el que nadie, ni desde dentro ni desde fuera, podía percibir mi gesto abstraído con el que acababa después de estar allí sentada varios minutos perdida en los movimientos de la calle y en la diversidad de la gente que deambulaba por ella.

El momento del café era el único del día en el que me permitía no tasar mis tiempos, por eso nunca me preocupaba de lo que tardaba Zaida en acercarme el desayuno, el mismo que tomaba todos los días, mi café con leche mediano y un pastel a escoger por ella que tan bien conocía mis gustos desde el segundo día que había traspasado la puerta de aquella confitería. Sin embargo esa mañana estaba demorándose más de lo habitual, supuse que por el volumen de trabajo acumulado debido a aquella imprevista lluvia que había empujado a muchos transeúntes a refugiarse en lugares como aquel.

No le di más importancia de la debida y continúe mirando por la ventana para observar a la gente correr tapándose las cabezas con sus cazadoras en busca de un refugio antes de perderme en mis pensamientos, en la angustia que me carcomía por dentro desde hacía unos días y que nada ni nadie había sido capaz de aplacar. No era la primera vez que me encontraba en este estado, por eso sabía que saldría de él, solo necesitaba tiempo para perderme en mi tristeza, depurarla y resurgir, con las ideas claras, como lo había hecho en la ocasión anterior, hacía cerca de cuatro años, justo antes de que Pablo llegase a mi vida.

Las gotas de lluvia golpeaban el cristal y ese repiqueteo constante relajaba mis sentidos hasta tal punto que ni siquiera me molesté en mirar a Zaida mientras me servía el café. Solo un aroma tenue a jazmín, que se abría paso entre el dulzor de los pasteles que invadía el ambiente del local, atrajo mi atención en aquel momento. Un aroma que olía a primeras veces, que trajo a mi presente los recuerdos vívidos de un pasado no tan lejano en el que mi alma se encontraba atrapada en las redes de la desolación.

Era una locura pensar que al retirar mi vista del cristal para buscar el origen de aquel olor iba a toparme con su rostro, el rostro de la persona que se encontró con los pedazos de mi corazón, los recogió y atenuó el dolor a base de zalamerías y caricias desconocidas que nunca habría pensado que recorrerían mi piel. Era una locura pensar que, justo en el momento en el que volvía a necesitar recomponer mi alma, aparecería ella de nuevo.

Giré mi rostro con mi cabeza debatiéndose entre la esperanza por encontrarla y las ganas de que ella no volviese a aparecer en mi vida desordenándolo todo y llevándome a una locura a la que no estaba dispuesta a dejarme arrastrar de nuevo.

Mis ojos se cruzaron con su mirada esmeralda y esa sonrisa cálida que había desarmado todas mis defensas. De pie, frente a mí, sirviéndome un desayuno como cuando nos conocimos. Sentí que todo se estaba desencadenando de nuevo, como si la vida nos diese una segunda oportunidad que yo no necesitaba ni había pedido. Sin embargo mi mente viajó a aquellos días, hacía más de seis años, en los que aprendí a ser yo sin limitaciones gracias a la crueldad del destino que me llevo a aquellos labios turgentes que encendían todos mis sentidos.

Capítulo 3

4 de agosto de 2012

Haber recalado en aquel hotel de Salamanca había sido fruto de la casualidad y de mi penoso estado emocional. El no dejar para mañana lo que puedas hacer hoy nunca había tanto sentido en mi vida como en aquel entonces. Aun así, lo único que pretendía con ese viaje era apartarme de mi mundo, encontrar las ganas de seguir adelante sin dejar nada para el futuro y que la angustia que devoraba mi alma dejase de ser mi fiel compañera.

La primera mañana bajé a desayunar sin muchas ganas, con la única intención de volver a refugiarme en mi habitación en cuanto llenase mis tripas con la mínima ración indispensable para que dejasen de rugir. Estaba desolada, pero no pensaba añadir el dolor del hambre al de mi corazón.

Arrastré mis pies hasta la mesa más alejada del salón y esperé a que me sirvieran. Había escogido ese hotel por su ubicación en el centro de la ciudad y por ser uno de los pocos que aún quedaban sin desayuno buffet. Odiaba tener que pelearme con la gente por una tostada o comida que, en la mayoría de los casos, acaban rebosando los platos que se quedaban llenos en las mesas tras abandonarlas los comensales.

No me había molestado en arreglarme demasiado dados mis planes post desayuno. En lo único que puse cuidado al abandonar mi habitación fue en llevar conmigo la Tablet, mi fiel acompañante en los bares para llenar esos momentos de soledad perdiendo mi mirada en la pantalla. Siempre mantenía esa actitud de avestruz pensando que si yo no veía a nadie, nadie repararía en mi presencia.

Acababa de enfrascarme en el dispositivo cuando un intenso aroma a café inundó mis fosas nasales haciéndome salivar y levantar mi vista.

—¿Café? —preguntó aquella camarera con una sonrisa nada artificial en sus labios que extrapolaba a su mirada esmeralda.

Me quedé absorta observando su esbelta figura cubierta por un pantalón negro y una blanquísima blusa en la que no se podía adivinar ni el más mínimo atisbo de arruga. Ella esperaba de pie frente a mí sujetando una jarra metálica en cada mano sin perder su gesto amable ni por un segundo. Solo el ligero movimiento de un tenue hilo de humo ascendiendo de la jarra de leche ardiendo al techo me sacó de mi inmovilidad para responderle con un asentimiento de mi cabeza.

—¿Dulce o salado? —preguntó la chica eficientemente mientras llenaba mi taza del oro negro que siempre había necesitado para despertar mis sentidos.

—Dulce, por favor.

—Croissant, raqueta, bizcocho....

—Sorpréndeme —respondí después de frenar su verborrea alzando mi mano a lo que ella respondió ladeando su sonrisa, con lo que en su cara surgió un gesto pícaro alzando de manera casi imperceptible sus cejas.

La camarera asintió alejándose de mí no tardando en volver con un plato en el que reposaba un croissant abierto a la mitad, rebosante de merengue entre las dos mitades y con cobertura de chocolate. Mis ojos se abrieron de par en par, mi mandíbula inferior cayó y temí que la saliva empezase a deslizarse por la comisura de mis labios ante la visión de aquel pastel.

—¿Sorprendida?

Asentí siguiendo aquel manjar con mi mirada en su viaje de la mano de la camarera al espacio de la mesa frente a mi cuerpo. Ni siquiera me molesté en acomodar mejor la Tablet para poder disfrutar de aquella delicia que prometía unos minutos de extremo placer en mi paladar. La muchacha se alejó de mí sonriendo, complacida con mi reacción espontánea, observando como desviaba mi atención de la Tablet para centrarla en mi desayuno que, sin duda, había sido la primera sorpresa de aquel extraño viaje.

Capítulo 4

5 de agosto de 2012

Lo más reseñable de mi primer día en aquella ciudad había sido el dulce con el que me había obsequiado la camarera. De hecho, la posibilidad de poder volver a disfrutarlo había sido lo único que me había motivado para volver a salir de la habitación después de haberme pasado la jornada anterior encerrada en ella. Había malgastado las horas tumbada en la cama con el aire acondicionado encendido convirtiendo aquel espacio en un congelador que contrastaba con el infierno que se desataba en las calles de una Salamanca inmersa en una intensa ola de calor.

Me enfundé la ropa del día anterior con mi Tablet bajo el brazo y una sonrisa instalada en mis labios. Había encontrado mi pequeño reducto de felicidad en medio de la tormenta que asolaba mis días. Me había costado un viaje, aislarme y dar con la dosis justa de azúcar encerrada en un apetitoso postre que deslumbraba nada más verlo.

Me senté en la misma mesa del día anterior. Coloqué el dispositivo encima de ella y comencé a leer las noticias. Ese era mi único enlace con la realidad exterior. Había bloqueado mi móvil, no quería recibir llamadas ni mensajes, tan solo enviaba un WhatsApp al día a mi madre para que supiese que seguía respirando y no se preocupase demasiado.

El olor a café recién hecho tardó un poco más en llegar hasta mí que la mañana anterior. Tampoco me importó demasiado enfrascada como estaba en mi ritual mañanero frente a mi Samsung Tab, un pop up saltó por encima de la web de noticias anunciándome la recepción de un correo. No llegué a abrirlo. Bastó ver el nombre de quién lo enviaba y el asunto para que mi semblante cambiase borrando cualquier vestigio de felicidad que hubiese podido albergar en mí. "In Memoriam", aquella frase se repetía una y otra vez en mi cabeza, rebotando de una neurona a otra, desatando ira y tristeza a partes iguales, abriendo tímidamente el grifo de mis lágrimas que comenzaban a acumularse en mis ojos colmándolos de una textura cristalina.

—¿Café?

Giré mi cabeza como un resorte al escucharla, mi mirada enrojecida se cruzó con sus cálidos ojos esmeralda. Ella siguió sonriendo sin inmutarse al verme, como un autómatas que ha aprendido a no dejarse influenciar por las emociones humanas.

—Hoy hasta el borde —comentó ella antes de ampliar su sonrisa y llenar mi taza para desaparecer acto seguido.

Cuando se fue, limpié con el dorso de mi mano las lágrimas que pugnaban por salir. Desactivé el wifi de la Tablet tumbándola bocabajo sobre la mesa. Intenté tranquilizarme removiendo el azúcar en el café. Era mi elixir favorito para ponerme en marcha, pero la amargura excesiva de este brebaje no acababa de agradarme, lo cual suplía endulzándolo en exceso. Ese pensamiento trajo a mi mente, por una extraña asociación de ideas, la imagen del croissant del día anterior. Esa mañana la camarera ni siquiera me había preguntado que quería para acompañar el café. Supongo que la había asustado con mi rostro de alma en pena y había escapado antes de que tuviese que hacer de paño de lágrimas conmigo.

Alcé mi mano en el aire para llamar la atención de otra de las profesionales que estaban en la sala atendiendo a los huéspedes. Comenzó a acercarse a mí con la misma sonrisa estudiada que su compañera.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó solícita.

Mi camarera de referencia apareció por detrás posando una mano en el hombro de su colega

mientras que en el otro reposaba una bandeja sobre la cual se encontraban, desafiando a mis papilas gustativas, un plato con un dulce como el del día anterior y un vaso de batido de vainilla rebotante de nata.

—Tranquila, Lupe, la señorita ya está atendida —comentó antes de depositar delante de mí aquellos succulentos manjares que rescataron a mí mente del abismo ante el festín de placer gastronómico que se expandía ante mis ojos.

—Yo, yo,... no sé si podré acabar con todo esto. —Sabía perfectamente que no iba a dejar ni una miga, pero me avergonzaba que aquella mujer me viese como una glotona insaciable.

—Disfruta de ello, creo que hoy lo necesitas.

Y se marchó, dejándome allí, frente a la única alegría de mis días, aquel pecaminoso placer que se agarraría a mis curvas como si ello dependiese su vida. Perdí mi mirada en su caminar a dúo con su compañera por el salón. Apenas me dedicaba unos minutos cada mañana y ya empezaba a percibirla como un soplo de aire fresco entre las tenebrosas horas de mis días.

Con ella me sentía como el perro de Paulov. Siempre pensé que esa paz que llegaba con ella era provocada por la asociación de su figura a la aparición de esos dulces que desataban la generación de endorfinas en mi cuerpo, porque la sensación de vacío que se expandía por cada célula de mi ser me volvía a invadir cuando dirigía mis pasos de nuevo a mi prisión voluntaria en la habitación de aquel hotel.

Capítulo 5

5 de agosto de 2012

El calor estaba dando una tregua ese día. Algo que no me afectaba mucho más que en tener que regular a la baja la temperatura del termostato del aire acondicionado antes de bajar a desayunar.

Cogí una chaqueta de la maleta antes de salir, la acomodé en mi cuerpo sobre la ropa que había utilizado los días anteriores y al verme en el espejo me quedé paralizada. Aquella prenda fina, ligera, de color negro, pesaba sobre mis hombros empapada de pena. Me encorvé, abrazando mi cintura, replegándome sobre mí misma, paralizada ante mi imagen, recordándome el último día que había vestido aquella chaqueta. El día que vi su imagen por última vez. Un rostro pálido, hundido, excesivamente maquillado para ocultar los vestigios del golpe que la habían destrozado por dentro. Un cuerpo amortajado, encajado en aquel ataúd sobrio, sin ningún icono religioso.

Rememorar aquel momento había aflojado mis piernas. Sentada sobre aquella moqueta verde dejé que las pocas fuerzas que, la promesa de un desayuno extra calórico y dulce me habían insuflado, se evaporasen por los poros de mi piel, dejándome en medio de la habitación con una tormenta desatada en mi cabeza.

Mis neuronas se desconectaron en un acto de autodefensa para que el dolor no acabase conmigo. Me había quedado allí, sentada en el suelo, balanceándome hacia adelante y atrás, con las lágrimas recorriendo mis mejillas sin control, perdiendo la noción del tiempo hasta que el sonido de unos nudillos golpeando la puerta me trajeron de vuelta a la realidad.

Giré mi rostro hacia aquel umbral que me separaba del mundo exterior, ese en el que relacionarse con la gente podía derivar en una herida lacerante difícil de cicatrizar. Sabía de lo que hablaba, yo tenía en mi alma una que escocía como mil demonios cada vez que dejaba aflorar los recuerdos en mi memoria.

Me quedé quieta, sin hacer caso a aquellos golpes que volvieron acompañados de una voz que ya me era familiar. Tampoco reaccioné cuando de su boca salieron las palabras: «Servicio de Habitaciones». Tenía la esperanza de que cesase en su empeño de hacerme levantar del suelo.

No contaba con la perseverancia de la camarera que, tras un rumor de carros al otro lado y un pitido corto, apareció por la puerta para observarme anímicamente destrozada sobre la moqueta, con mis ojos hinchados inyectados en sangre y un cuerpo que se dejaba caer exangüe sobre sí mismo como el de una muñeca de trapo.

Ella me miró apenas por un segundo, después entró con su carro de comida en mi habitación, cerró la puerta tras de sí y avanzó hasta mi posición con calma, como quién se acerca a un animal herido temiendo asustarle.

Y así me sentía yo, herida de muerte, vaciándome por momentos, sintiendo como me convertía poco a poco en un cascarón vacío sin alma, a pesar de todo y todos los que seguían a mi alrededor queriendo ayudarme y que yo alejaba.

Se sentó a mi lado, me rodeó con sus brazos acomodando mi cabeza en el hueco de su hombro. Sin presión. Acariciando mi espalda. En silencio. Estando a mi lado sin exigir nada. Dotando mi mundo de una paz que solo el azúcar había acercado a mis horas bajas en forma de espejismo.

Volví a perder la noción del tiempo, podía haber pasado una vida entera así, entre sus brazos,

sintiendo el calor de su piel, oculta en el escudo de su cuerpo, envuelta en su aroma a café y jazmín. Pero, aunque la camarera no tuvo prisa en alejarme de ella, finalmente deshizo su fortaleza a mi alrededor separándose levemente de mí, lo justo para mirarme a la cara, alzar mi rostro con un ligero impulso de su dedo en mi barbilla y limpiar con suavidad de mis mejillas los restos de la tormenta que me arrolló.

Ancló su mirada en la mía, sonriéndome, sin juzgar, sin preguntar, acompañando mi tristeza por unos segundos. Poco después se incorporó casi de un salto, acomodando sus ropas para acercarse al carrito de la comida.

—Estarás más cómoda sentada en esa silla, pero si quieres te acerco el café al suelo. —Dejo suspendida en el aire esa pregunta implícita esperando mi respuesta, ofreciéndome su mano.

Dudé, aunque acabé cediendo a su invitación aferrándome a su extremidad para levantarme del suelo donde quedaba esparcida parte de mi infinita pena. Me dejé guiar hasta la silla frente a la mesa que estaba ubicada contra una de las paredes de la habitación.

Quedé allí, sentada, vigilando de cerca los movimientos de aquella camarera que había conseguido volver anclarme a la realidad. Del carrito acercó un café con leche en taza de desayuno a pesar de que pude comprobar en su reloj de pulsera que ya era casi la hora de la comida. Un liviano café con leche sin recompensa dulce que me ayudase a aparcarme momentáneamente el mal trago.

Alcé mi mirada suplicante hacia ella que no se apiadó de mi alma hundida. Con un leve movimiento de su cabeza me incitó a tomarme el café sin protestar.

—¿Solo? —pregunté esperando que mi voz ahogada y mi estado deplorable la ablandase.

—Solo. No te suministraré más calorías mientras no salgas de este cubículo a quemarlas. —Intenté utilizar mi cara de gato con botas sin resultado—. No voy a sucumbir.

—Gracias por todo, pero no hace falta que te quedes a supervisarme, soy mayorcita y... y no quiero molestarte más en tu tiempo de trabajo.

Que se fuese era lo último que quería en ese momento su presencia estaba siendo muy reconfortante. Su forma de tratarme, tan amable, con tanto cariño, era algo que no se solía dar y menos proviniendo de un desconocido, pero no podía permitirme crear lazos con nadie en ese momento.

—No me iré hasta que no te lo hayas acabado.

Tomé mi café de un trago quemándome la laringe.

—Argggg, quema, quema.

—No dije que hubiese prisa. —Vi aparecer un atisbo de sonrisa en aquel rostro que luchaba con mantenerse serio y me relajé.

—Gracias.

—¿Por quemarte la garganta?

—Por los desayunos, por lo de antes, por el servicio de habitaciones. —Posó su mano en mi hombro.

—Es mi trabajo. —Sonreí de medio lado poniendo en duda su afirmación—. Valeeee, no todo lo es. —Se acuclilló frente a mí hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos—. Pero no podía permitir que esa preciosa mirada azul naufragase en un océano de tristeza.

Me tensé ante sus palabras, mis ojos buscaron un punto lejos de su cuerpo. ¿Aquella mujer estaba coqueteando conmigo? Nunca me había sucedido, no sabía cómo reaccionar. Empujé ligeramente hacía atrás la silla con mis piernas, tragué saliva manteniéndome en silencio.

Ella no intentó reducir el espacio que nos separaba. Solo se incorporó acomodando de nuevo su camisa, intentando quitar las arrugas de su pantalón, y siguió observándome sonriente

mientras se dirigía al carrito, levantaba una tapa y cogía entre sus manos una raqueta.

—No muerdo, bueno sí si se trata de dulces —aclaró dándole un buen mordisco—. Está realmente buena. —Mis ojos se abrieron todo lo posible y creo que comencé a salivar ante la promesa del azúcar.

Me mantuve sentada venciendo la tentación de acercarme a ella, a aquel carrito lleno de activadores de endorfinas que tanto creía necesitar. La camarera me observaba dando mordiscos tentadores a aquel tesoro a la espera de mi reacción que yo mantenía a raya.

—¿Está riquísimo? ¿Quieres? —Tendió su mano hacia mí ofreciéndome el resto de raqueta.

—No, gracias —respondí visiblemente enfadada, sentí que me trataba como a un perro ofreciéndome las sobras.

—Venga, no te enfades conmigo. Hagamos una cosa, te prometo una buena comida repleta de postres si sales de esta habitación. —Arqueeé mi ceja ante la promesa de un buen atracón de azúcar.

—No necesito salir.

—Eso no es cierto. Estar aquí encerrada solo servirá para hundirte más en tu miseria.

—Y a ti, ¿qué más te da?

—No voy a repetirte el porqué, mis palabras te alejan y los postres te acercan a mí. Cuando te chutaba de azúcar estas mañanas no me preguntaste eso. —Bufé—. No puedes encerrarte aquí. ¿Ya conoces la ciudad? —Se acercó a mí para sujetar con delicadeza mis antebrazos ante mi negativa—. Eso no puede ser. —Giró su muñeca para observar su reloj—. A las cinco te espero en la puerta del hotel, si no bajas subiré a buscarte. Y olvídate de la posibilidad de no abrirme, puedo hacerme con la llave maestra que me da acceso a todas las puertas.

Y sin esperar mi respuesta se marchó empujando el carrito después de haber sacudido parte del peso que atenazaba mi cuerpo pero sembrando las semillas de la incertidumbre en mi cuerpo. ¿Qué me esperaba esa tarde en su compañía?

Capítulo 6

5 de agosto de 2012

Lo único que conocía de aquella mujer era su nombre gracias a la placa que llevaba prendida en su blusa de camarera. Ni siquiera tenía claro si ella sabía el mío o si tan solo era un número de habitación. Aun así, estaba dispuesta a dejarme llevar, a escapar del refugio en el que me había ocultado de todo menos de mis sentimientos, a descubrir aquella ciudad a través de sus ojos de fuego, porque su compañía me transmitía una tranquilidad que no había conseguido de otra forma desde hacía semanas. Supongo que su suministro de pastelería de ensueño que me hacía babear temía mucho que ver en ese estado que aquella mujer me transmitía.

Cuando bajé a recepción pude observarla a través de la cristalería de la puerta esperándome con media espalda apoyada en la pared y un cigarrillo en sus dedos que se deshacía entre volutas de humo gris. Así, sin su atuendo de trabajo y con aquella pose relajada se veía menos formal, más joven de lo que en un principio me había parecido.

Avancé con pasos cortos arrastrando mis pies desde el ascensor hasta la salida. El espacio de recepción era pequeño, pero aquella procesión hacia la calle se me hizo eterna debatiéndome entre dar la vuelta y volver a encerrarme con mis miedos en mi habitación o salir por esa puerta e intentar escapar de las sombras que me acechaban.

El sensor de la puerta detectó mi cuerpo. El rumor de su apertura alertó a la camarera que giró su cabeza hacia mí lanzando el cigarrillo al suelo nada más verme.

—¿Vamos? -propuso alargando su sonrisa.

Asentí siguiendo la dirección que ella había tomado, aunque quedándome detrás.

—¡Ey!, ya te dije que no muerdo. —Se frenó sin avanzar hasta que comencé a caminar a su altura—. ¿Conoces algo de Salamanca? —Negué con un movimiento de mi cabeza—. Pues empezaremos con lo básico.

No tardamos en llegar al casco antiguo. En cuanto comenzamos a pasear por aquellas calles con los muros de los edificios plagados de inscripciones rojas, no pude más que pensar en todo lo que me había perdido esos días y que, de no haber sido por la insistencia de la camarera, habría seguido perdiéndome.

Pude ver por el rabillo del ojo como enmarcaba una sonrisa de satisfacción en su rostro, sabedora de que aquel paseo había sido un acierto. Caminó con lentitud, señalándome cada fachada, la de la Clerecía, la Casa de las Conchas, la de la Catedral Nueva en la Plaza de Anaya. Allí nos paramos para observar las figuras esculpidas de un astronauta y un diablo comiendo un helado en las arquivoltas de la puerta de la Catedral Gótica.

—Los partidarios de los antiguos astronautas dicen que estas esculturas demuestran que los alienígenas nos visitan desde siempre —susurró a mi oído esperando mi reacción.

—¿En serio? ¿Siempre estuvieron aquí?

—Sip.

—Vaya. Increíble, pero ¿de cuándo es esta catedral?

—Es gótica, se inició en 1533.

—¿Y cómo es posible que esculpiesen un astronauta tan bien detalla...? —Sus carcajadas interrumpieron mi ingenua pregunta.

—Perdona, no pude evitarlo. Las añadieron en la restauración de 1991, es una forma de dar a entender que lo que se ve es una restauración, no algo original.

—Imbécil —repliqué dándole un ligero golpe en el antebrazo riéndome yo también.

—Vamos. —Tomó mi mano arrastrándome hacia un lateral de la Catedral.

—¿No entramos?

—Otro día.

—¿Crees que habrá otro día?

—Si quieres ver todo esto con mi compañía y mis magníficas explicaciones, sí.

Me dejé llevar, sabiendo que no era lo mismo disfrutar de aquella magnífica ciudad en soledad, que con alguien que te contase los pormenores de cada rincón. Incluso bajo aquel Sol de justicia, las visitas guiadas se hacían cortas. Me llevó por una calle lateral indicándome que al lado derecho dejábamos el palacio episcopal, y con un giro de nuevo a la derecha acabamos llegando a una nueva plazoleta en la que delante de mí se abría una nueva fachada en la que me perdí admirando cada detalle de la decoración.

—Esta es la famosa fachada de la Universidad de Salamanca, aquí dio clases Fray Luis de León, y también vinculado a esta Universidad está el conocido escritor Miguel de Unamuno, hemos pasado por delante de su casa museo en la calle por la que subimos.

—¿Por qué es famosa esta fachada? —pregunté inclinando mi cabeza ante la cantidad de detalles que la ornamentaban.

—Por muchas cosas a nivel artístico, pero a nivel turístico por la rana.

—¿La rana?

—Sí, en la fachada hay esculpida una rana. Te reto a encontrarla.

—¿Esta es otra de tus bromas?

—No, en serio, búscala y luego te cuento la leyenda. —Se puso detrás de mí empujándome levemente hacia la portada con sus manos sujetando con suavidad mi cintura, apoyando su cabeza en mi hombro—. ¿La ves? —Negué—. Sigue buscando.

Su aliento rozó mi oreja erizando mi piel. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y después dejé de sentir su tacto, su aroma a jazmín, el calor que desprendía, se había separado de mí. Giré mi cabeza perdiendo la atención puesta en la fachada para buscarla entre la multitud que poblaba la plaza, no sé si admirando la portada o en busca del batracio como yo. No logré verla. La inquietud comenzó a invadirme por un momento antes de que su figura apareciese de espaldas a mí conversando con una chica a la que se había abrazado con firmeza.

Aparté mi mirada de ellas cruzando mis brazos sobre mi pecho. Esperé allí de pie, perdiendo mi vista en la maravillosa portada en la que destacaba un medallón dentro del cual había dos medios cuerpos esculpidos en piedra con todo lujo de detalles. Recorrí cada rincón de aquella obra de arte tallada en piedra, hasta que mi vista se posó en una de las calaveras que decoran las columnas esculpidas que casi limitan el conjunto escultórico. Allí, sobre ella, casi devorada por la erosión, por el paso del tiempo, se encontraba aquella escurridiza ranita.

—¿La encontraste?

Aquella pregunta me sobresaltó. No esperaba el regreso de la camarera tan pronto ni con tanto sigilo.

—Sí, ahí está. Menuda tontería, venir aquí para encontrar una rana en la fachada. No entiendo porque suscita tanto interés, si además está medio destrozada —comenté enfurruñada con mis brazos aún cruzados.

—Hay una leyenda que cuenta que el estudiante que fuera a estudiar a la ciudad y encontrara la rana en la fachada, tendría suerte, aprobaría sus exámenes y se casaría. Si ya estaba casado, podía pedir un deseo y éste se cumpliría. ¿Tú eres de las que puede pedir un deseo?

—No soy estudiante de esta ciudad. ¿Tú? Eres de los estudiantes que se van a casar o de las

que piden deseos —pregunté mirando sin pretenderlo al lugar en el que la camarera había estado encaramada a su amiga.

—Estudiante, sí, pero de matrimonio ni hablamos, quita, quita —repetía tocándose la cabeza con su puño en forma de cuernos.

—Ja, ja, ja. Eres muy joven para tenerlo tan claro.

—Ay, mira, ni que tú fueses una anciana para hablarme como si fueses el abuelo cebolleta.

—Soy mayor que tú. Bastante más mayor. Lo suficiente para saber que muchas veces cambiamos de parecer.

—Aja, me guardaré esta sentencia, abu. ¿Seguimos? —preguntó ofreciéndome su mano.

Yo avancé sin descruzar mis brazos para evitar el contacto de su extremidad con la mía. La seguí callejeando, admirando la belleza oculta en cada rincón de Salamanca. Llevábamos dos horas sin parar viendo tan solo exteriores cuando llegamos a la puerta de entrada de un jardín. Aquel lugar no me transmitía nada después de ver tantas fachadas llenas de encanto.

—Vamos, sentémonos a la sombra por un momento. Sé que no es lo más bonito que vamos a ver hoy, pero bien merece la pena pararse unos minutos aquí a descansar.

—¿Podríamos ir a tomar algo si este lugar no...?

—Shhhh. Disfruta de la paz que se respira aquí, a la sombra. Ven, asómate, ¿ves esa fachada modernista? Eso es la Casa Lis, la visitaremos. Y mira allí, el Río Tormes y el Puente Viejo. Luego pasaremos también. Y esto, esto es el Huerto de Calixto y Melibea, de La Celestina.

—Parece que estás estudiando turismo.

—Ja, ja, ja. No, no, estudio puericultura, me gustan los niños.

—Pero no casarte.

—Soy muy joven para atarme. Quiero disfrutar, vivir y tú también deberías hacerlo, 105.

—Tengo un nombre.

—Que aún no me has dicho.

—Oh, vamos, seguro que lo sabes.

—Tú también sabes el mío, ¿verdad? Y no me nombras por él.

—Cierto, Maca.

—Encantada, Lucía. —Cogió mi mano estrechándola, antes de dejar que ambas cayesen el vacío entrelacó nuestros dedos.

Yo me dejé hacer, sin retirarme, perdiéndome en la visión del paisaje que se abría ante mí tras el muro en el que me apoyaba.

—Esta ciudad es preciosa —comenté asombrada.

—Te queda mucho por conocer y pocos días por delante.

—¿Cómo lo has...? Claro, miraste el registro del hotel.

—Exacto. Es una pena que te vayas sin que pueda hacer que disfrutes de todo. —¿Su tono era insinuante?—. Aunque siempre puedes volver para disfrutar de la ciudad en compañía de tu guía favorita.

—Pretenciosa —sentencié en un tono más alto del que pretendía.

—Vaya, pensé que preferías esto que el congelador en el que habías convertido tu habitación. —Sonrió para sí sin desenredar nuestros dedos.

—Esto me gusta. Lo que me estás enseñando, pero, por favor, ¿mi guía favorita? Mi camarera preferida, sí, que me consiente, pero...

—Ja, ja, ja. Solo me quieres por los dulces. Voy a llorar. —Hizo un puchero antes de colocar un mechón de pelo rebelde que se había escapado de mi coleta tras mi oreja.

Su roce volvió a electrizarme la piel. Me separé de inmediato al notar esa sensación,

desenredando nuestros dedos.

—¿Cuál es la siguiente parada? —pregunté caminando hacia la salida de espaldas a ella.

—Depende de ti. ¿Quieres ir al hotel o es demasiado pronto?

Me atraganté con mi propia saliva ante esta pregunta por la duda de si Maca la había lanzado con doble sentido. Ella reaccionó dándome suaves palmadas en la espalda hasta que el ataque de tos fue remitiendo.

—Creo que necesito un poco de agua —respondí a duras penas.

Maca sonrió, una sonrisa pícaro, de medio lado. Mi reacción había sido la confirmación a que había entendido su indirecta. Hacía mucho que nadie coqueteaba conmigo y era la primera vez que una mujer se fijaba en mí de esa manera. Era complicado para mí asimilar que ella pudiese desearme, que sus atenciones fuesen más allá de la amabilidad dispensada a una turista a la que ha visto en sus horas más bajas.

La camarera se acercó a un bar cercano. Salió triunfante con un botellín en su mano.

—Vamos, creo que por hoy ha sido suficiente —comentó acariciando mi espalda con ternura.

Recorrimos de nuevo las calles por las que habíamos llegado. Me quedé observando la fachada de la casa de las conchas intentando adivinar debajo de cuál de ellas estaría el tesoro del que me había hablado Maca cuando antes nos paramos delante de ella. Pasados unos minutos la camarera engarzó su brazo en el mío para tirar de mí incitándome a reanudar la marcha después de susurrar con su cálido aliento en mi oído: «Es solo una leyenda».

El camino de vuelta se me hizo más corto, quizás porque hacía menos calor, porque ya lo conocía, o porque mi subconsciente no deseaba separarse aún de ella, de la persona que había logrado que la apatía no me invadiese mientras había compartido mi tiempo con ella. Había sido un bálsamo eficaz para mi alma herida.

—Señorita Lucía, ha llegado usted a su destino. —Mis pasos no querían avanzar hacia el umbral que separaba la luz de la oscuridad en mis días, aquella puerta del hotel al que había ido a refugiarme.

—No sé cómo agradecerle lo que has hecho —dije con voz trémula, la mirada fijada en el suelo y retorciéndome las manos.

—Tengo una ligera idea —comentó traviesa acariciando su barbilla con su mano.

—Oh, yo no, yo...

—Solo te iba a proponer volver a repetir esto mañana, no me gustaría que te marchases sin que descubrieses las maravillas que oculta esta ciudad. —Volvió a susurrar en mi oído con voz ronca.

—Será mi última tarde aquí.

—Pues entonces, abu, hagamos que sea memorable.

Capítulo 7

6 de agosto de 2012

Había sido la primera noche que había conseguido dormir del tirón desde hacía semanas. Ningún fantasma se coló en mis sueños para despertarme sobresaltada. Al abrir mis ojos la angustia no aparecía en ningún rincón de mi alma. Había sido sustituida por una chispa pequeña y juguetona que revoloteaba haciéndome cosquillas en el estómago.

Me relajé regalándome una larga ducha de agua casi hirviendo. Dediqué más tiempo del necesario en alisar mi melena rubia. Incluso me apliqué un ligero maquillaje, muy natural, apenas imperceptible, intentando ocultar el resto de las ojeras que aún contrastaban con el azul de mis ojos.

Bajé al desayuno esperando ver ante mí la combinación de café, pastelería y presencia de Maca que me llevarían a comenzar aquel día con buen pie. Las dos primeras aparecieron enseguida, pero la camarera de ojos verdes no hizo acto de presencia en ningún momento.

Las nubes oscuras del desánimo volvieron a rondarme mientras daba buena cuenta de las viandas que una de sus compañeras había depositado en mi mesa. Antes de marchar, cuando di mi número de habitación con la tristeza impregnando el gesto de mi rostro, la jefa de sala me deseo que pasase un buen día antes de informarme de que me estaban esperando en la puerta.

Me abalancé hacia allí, casi corriendo, con la esperanza de que fuese Maca quién me esperase. La vi a través del cristal, apoyada en la pared con un cigarrillo en sus manos, con la misma pose despreocupada en la que me había estado esperando la tarde anterior. Y, como entonces, en cuanto escuchó el rumor de la puerta abrirse, se giró hacia mí lanzando el pitillo al suelo, aunque alzando ante mi vista un par de papeles.

—¿Qué es eso?

—Entradas para Ieronimus, para poder subir a las torres de la catedral, te va a encantar. Veremos la Catedral Nueva y la Vieja por dentro. Quiero llevarte a que veas los retablos de la Iglesia de San Esteban, la Clerecía también la tenemos que ver la Plaza mayor, pasear por la vereda del río. ¿Te gustan los coches clásicos? Hay un museo magnífico si te gustan, podemos ir y también....

—Para, para, Maca. No sé si nos dará tiempo a todo. Además, ¿no tendrías que estar trabajando?

—He cambiado el turno. Si no nos da tiempo así tendrás un motivo para volver.

—¿Y si nos da tiempo?

—Hay mucho más para ver que no te he dicho, pero estoy segura de que después de hoy tendrás motivos más que suficientes para venir de nuevo de visita.

Me sonrió con esa sonrisa pícara de medio lado, contagiándome su gesto, antes de guardarse las entradas en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero para coger mi mano y dirigirme camino a la catedral.

El día fue intenso caminando de un lugar a otro de la ciudad. Comimos unos bocadillos sentadas en uno de los bancos de la Plaza Mayor admirando a los transeúntes atravesarla, mientras hablamos de cualquier cosa menos de nosotras. Sin conocernos, ni querer hacerlo en profundidad, llegamos a un nivel de complicidad que jamás había tenido con nadie y que me asustaba. Era feliz a su lado, nerviosa por su compañía, pero estaba feliz, en paz, sin esa penumbra que venía atenazando mi corazón, que me impedía sentir nada más que angustia y

dolor. Maca estaba siendo el huracán que alejaba las nubes de tormenta, pero al día siguiente ya no estaría a mi lado, cada una seguiríamos con nuestras vidas, con nuestros miedos, pesares y rutinas. Y con esa certeza ronroneando en mi cabeza llegamos a la noche en la que disfrutamos de una agradable cena que insistí en pagar como agradecimiento a sus horas perdidas conmigo.

—¡Ey, abu! ¿A qué viene esa carita? —preguntó elevando mi mentón cuando llegamos a los postres.

—Nada, no me hagas caso.

—Venga, cuéntame. Que sabes que no quiero ver como se convierte en gris el azul de tus ojos.

—No es nada, solo que..., no sé. Que me da pena marcharme mañana.

—No lo hagas.

—Tengo que hacerlo, ni siquiera debería haber venido. Pero necesitaba alejarme de todo, estar sola. —Robé una cucharada de su tarta.

—¡Oye, eso no se vale! —Sonreí, una sonrisa teñida de tristeza. Ella posó una de sus manos en la mía después de empujar su plato hacia mí—. Está bien, acaba con ella, es mi compensación por no haberte permitido estar sola como querías.

—No sabes lo mucho que me has ayudado. Pero mañana no estarás y temo que volveré a desear estar sola, a ser la persona con la que te encontraste en el hotel.

—Tú te vas mañana, así que aún no hemos de preocuparnos por eso, tenemos mucha noche para disfrutar. Y, además, ¿sabes que hay una cosa que se llama teléfono? No es lo mismo, pero cuando me necesites me puedes llamar.

Maca me soltó, cogió su móvil y al poco me pidió mi número para hacerme una perdida.

—Ya está, ahora no tienes excusa. Nada de querer estar sola, en cuanto tengas esa tentación ya sabes. —Se fijó en los platos de postre vacíos delante de mí—. Creo que es hora de que sigas conociendo Salamanca, la Salamanca nocturna. A la Chupitería que nos vamos.

La seguí, al igual que lo había hecho esos dos días, hasta un bar lleno de pizarras en la parte alta de sus paredes anunciando los nombres de los chupitos que podías escoger. Maca se vino arriba pidiendo sin preguntar, cuando volvió de la barra posó un listón lleno de ellos encima de la mesa alta en la que nos habíamos posicionado. En ese momento supe que, pese al aguante que siempre había tenido con el alcohol, aquella noche podía acabar muy mal.

No me paré a pensar. Me dejé llevar dando buena cuenta del listón de chupitos a la misma velocidad que Maca lo hacía. Y entre uno y otro bailamos, cantamos a voz en grito intentando que nuestras voces superasen el volumen de la música, reímos como locas, nuestras pieles se rozaron inocentemente y sobre todo disfruté, disfruté olvidándome de lo sucedido, de que la persona que estaba frente a mí despertando mis aletargados sentidos era una mujer y de que a la mañana siguiente finalizaría aquel espejismo.

Sucedió allí, en la chupitería y en el resto de bares que recorrimos vaciando parte de las despensas de alcohol. El mundo empezaba a girar bajo mis pies, ni mi cabeza, ni mis piernas serían capaces de soportar una visita a un nuevo bar. Me acerqué a Maca para despedirme de ella antes de solicitar un taxi, pero la camarera acabó por convencerme acompañándome al hotel dando un paseo. Cedí enseguida a su propuesta, no quería desprenderme de su compañía.

Las calles del centro aún bullían de vida que, parecía ir desapareciendo a medida que avanzábamos hacia el hotel, hasta encontrarnos con el vacío y la oscuridad propia de la noche avanzada en las calles de los barrios vacíos de negocios. Fue en ellas donde sentí el brazo de Maca rodear mi cintura y su mano acariciándola en círculos, estrechándome contra su cadera. Caminamos unos pasos así, sintiendo el calor de nuestros cuerpos, trastabillando cada poco, riéndonos, hasta que ella se frenó dirigiéndome hacia la pared de un portal que nos ocultaba de

ojos indiscretos. Su rostro frente al mío, sus manos en mis caderas, separadas apenas unos centímetros, con las respiraciones entrecortadas, inmóviles. Podía sentir su mirada clavada en mis labios entreabiertos, sus dedos acariciándome, mientras yo, con los brazos caídos a mis costados y mis ojos observando cada uno de sus leves movimientos, me mantenía quieta, sin separarme de ella, sintiendo la sequedad de mi boca.

Relamí mis labios y en ese instante, como si ya no pudiese contener sus ganas, Maca me besó. Sentí su boca rozar la mía, humedeciéndola, abriéndose y cerrándose, en un lento baile que ella ejecutaba a la perfección derrotando todas mis defensas. Buscó con su lengua el camino hacia mi boca, se enredó con la mía, despacio, sin prisas, presionando sus pechos contra los míos, encendiendo el deseo, la necesidad de no parar, de que apagara los fuegos que había encendido en mí.

Se separó por un momento para recuperar el aliento. Apoyó su frente en la mía, acarició mi mejilla con su dedo pulgar y me miró intentando desvelar una respuesta en el océano de mi mirada, antes de volver a sentir las caricias de sus labios, su lengua, su aliento, dentro de mi boca y de que yo respondiese a ese beso dulce, lento, profundo y apasionado. La atrapé en un abrazo que volvió a juntar nuestras pieles a través de las ropas. Ella acomodó una de sus piernas entre las mías comenzando a moverla para rozar el centro de mi placer. Yo no podía más, no quería parar, pero los prejuicios de mi mente pusieron el freno.

La empujé ligeramente deshaciendo aquel beso y el contacto de nuestros cuerpos. Jadeé intentando recomponerme y recomponer mis ideas. Apoyé mis manos en su pecho negando con mi cabeza.

—No puedo, yo no, a mí no, a mí no me gustan las mujeres.

—¿Estás segura? —No había separado sus manos de mis caderas.

—Soy hetero, Maca, nunca he estado con una mujer.

—Quiero ser tu primera vez.

—No puedo, Maca.

—Pero quieres. —Asentí—. Déjate llevar, déjame que cumpla mi promesa, déjame hacer que esta noche sea memorable. —Acercó su boca a mi cuello lamiendo con lentitud antes de volver a devorar mis labios.

—Dios, Maca, ... —supliqué entre besos.

—Pídemelo. —Frenó su dulce tortura esperando una respuesta por mi parte.

—No pares, por favor.

—Eso no, pídemelo.

—Sube a la habitación conmigo.

Entonces volvió a succionar mis labios, a tocarme, a rozar su muslo con mi entrepierna, a llevarme al borde del orgasmo, antes de tomarme de nuevo de la mano para dirigirme hacia el hotel.

Capítulo 8

7 de agosto de 2012

Daba vueltas desnuda en la cama de la habitación. La cabeza me palpitaba por la resaca. Con veinte años podía beberme hasta la última gota del agua de los floreros y amanecer como si nada pero, con treinta y uno, me costaba varios días recuperarme de los excesos con el alcohol. Aunque esa mañana el intenso dolor de cabeza no era capaz de aplacar el deseo que palpitaba entre mis piernas que había parecido desatarse tras la intensa sesión de sexo de la noche anterior.

No podía parar de tocarme, de restregar mi clítoris rememorando cada roce de los labios de Maca en mi sexo, remorando las sensaciones que provocaron su lengua introduciéndose en mi interior, sus dedos jugueteando en dentro de mi vagina, su muslo restregándose contra la pulsión de mi entrepierna. Iba a estallar tan solo de acordarme de aquellos momentos y ante la expectativa de una nueva sesión entre sus brazos. Ella me había pedido que no bajase a desayunar para poder subir con el desayuno a la 105 y despedirse de mí como deseaba. Aquella joven de veintidós años iba a acabar con mis fuerzas, y aun así yo era incapaz de parar de darme placer, porque la excitación que había provocado en mí, el fuego que Maca había encendido, era muy difícil de extinguir, y la certeza de que la distancia separaría nuestros cuerpos durante mucho tiempo no hacía más que acrecentar las ganas que tenía de ella, de beberme hasta el último segundo de placer en sus manos que sabían cómo hacer explotar mis ganas, mis sentidos y los orgasmos más potentes que jamás había tenido.

Poco me importaba que nunca me hubiese sentido atraída por una mujer, que ella hubiese sido la primera, la única que había explorado cada rincón de mi ser con cada parte de su cuerpo. Ni siquiera fui capaz de alejarla de mi mente, de mis días, de mi piel, cuando volví a sentir el calor de la suya bajo las sábanas tras recibir aquella llamada. Una llamada cerrada con un: «Sí, mi amor, yo también te quiero», que trajo una lágrima furtiva a mis ojos al saberme engañada, pero que no alzó en armas mi autoestima para alejar a Maca de mí. Solo supe acurrucarme contra ella con sus pechos clavados en mi espalda, su escaso vello púbico rozando mis nalgas dejando que sus manos rodeasen mi cintura y sus labios besasen mi cuello.

En ese momento supe que estaba perdida, que todo lo que ella me hacía sentir, la penumbra de la que me alejaba con sus caricias, el placer que traía con una simple palabra, era más fuerte que le saberme engañada o conocer que alguien lo era conmigo. No era capaz de pensar, no quería ser racional, por una vez en la vida quería ser egoísta, disfrutar de aquellas manos expertas, de su lengua traviesa, quería dejarme enredar por el dulzor de sus palabras, quería dejar de sufrir. Maca era el salvavidas que encajaba perfectamente en mi alma para salir a flote del tsunami de dolor en el que navegaba.

No había más razones, ni quería buscarlas, para que mi cuerpo desnudo anhelase de nuevo la presencia de la camarera antes de volver a mi rutina, aunque con el firme propósito de volver y ser de nuevo su concubina una y otra vez, a pesar de no saberme la única ni la más importante. Maca lo era para mí y era lo único que la pulsión de mi sexo mojado era capaz de entender.

Capítulo 9

28 de agosto de 2018

—¿Maca? —pregunté alzando mi vista a la vez que tragaba saliva.

—¡Abu! Que alegría verte después de cuanto, ¿cinco años? —Asentí juntando mis manos entre mis rodillas por debajo de la mesa—. ¿No vas a darme dos besos?

Se agachó hasta mi cara besando mis mejillas excesivamente cerca de las comisuras de mis labios. Pude sentir como el calor coloreaba mis mofletes y mi vista se refugiaba en el pastel que la chica había depositado frente a mí.

—Yo, yo,... No esperaba volver a verte —solté con toda la rabia que contenía dentro de mí.

—Vaya, abu, esto sí que no me lo esperaba.

—¿Y qué esperabas? ¿Una fiesta? Me rechazaste, Maca, me atrapaste en tu tela de araña y después me rechazaste.

—Nunca te prometí nada. Sabías perfectamente como era entonces.

—¿Cómo eras?

—Sí, estoy casada, —alzó su mano enseñándome el anillo dorado en su dedo anular—, felizmente casada.

—Pues enhorabuena, aunque no sé si alegrarme o compadecer a tu mujer.

—No fui la única que engañó.

—Cuando me acosté contigo no sabía que tenías pareja, lo descubrí por la mañana entre el aroma a sexo y la alegría de haberme dado a ti.

—Pero después sí, y seguiste viniendo a mis brazos, a enredarte entre mis piernas y no te quejabas entonces.

—Por Dios, Maca, ¿ahora la culpa de que no pueda verte es mía? Eras mi droga, la solución a mi tristeza, ¿qué me iba a importar que no fueses fiel ni a una de tus decenas de amantes?

—Nos utilizamos la una a la otra, Lucía. Yo era una joven, estaba experimentando, mi cuerpo necesitaba eso.

—Yo me enamoré de ti, Maca.

—Yo sigo enamorada de ti, Lucía.

Retiré sonoramente la silla separándome de mi café, mi succulento pastel y de la provocadora Maca, que con esas simples palabras había vuelto a dar un vuelco a mi mundo.

Sin mediar palabra me fui al baño. Necesitaba refrescarme, alejarme de ella, tomarme un tiempo muerto en aquella conversación para recomponerme y poder volver con un cambio de tema que no pusiese patas arriba mis sentimientos.

Entré en el aseo aceleradamente. Cerré la puerta tras de mí apoyando mi espalda en ella intentando darle espacio a mi corazón para que recuperase el ritmo normal de sus latidos, y fuerza a mis ojos para que mantuviesen a raya las lágrimas que escocían tras los párpados cerrados.

Miré al techo invocando a la persona que más había amado en mi vida y a la que aún no había tenido tiempo de echar en falta.

—Parece que esta maldita mujer huele mi estado anímico. Dame fuerza para no caer —supliqué.

Respiré hondo antes de pasar el dorso de mi mano por mis ojos para borrar cualquier rastro de debilidad que hubiese en ellos. Me dirigí al lavabo y, justo cuando estaba refrescando mi cara,

escuché el inconfundible sonido del pestillo cerrando la puerta de entrada al baño. No me moví, el aroma a jazmín dejaba a las claras de quién eran las manos que acariciaban mis caderas sin ningún tipo de pudor.

Se apretó contra mi espalda dejándome sentir sus pezones duros presionándola. Me aferré al lavabo con mis dedos, apretándolo fruto de la indecisión que germinaba en lo más profundo de mis entrañas. Maca atacó mis defensas con besos suaves, cortos y repetitivos en la base de mi cuello. Mi cabeza cayó hacia atrás por puro instinto para darle mejor acceso a ese campo de batalla. Lamió la curva de mi hombro subiendo hasta el lóbulo de mi oreja. Lo cual castigo con su juguetona lengua como promesa de la lucha que libraría más tarde en mi entrepierna.

El recuerdo de esas caricias húmedas en mi sexo, de ese apéndice colándose dentro de mí antes de que lo hiciesen sus dedos, fue suficiente para que una corriente de calor naciese en mi bajo vientre y se proyectase a mí vagina hasta sentir como la humedad empapaba mis bragas.

Maca no esperó más, recorrió mi estómago con su mano sin parar de succionar el lóbulo de mi oreja, hasta llegar a mi monte de venus después de alzar el vuelo de mi falda y apartar ligeramente mi ropa interior. Movié sus manos adelante y atrás, mientras su pelvis se rozaba con mis nalgas.

—Sabía que tú también me echabas de menos —pronunció con voz ronca sin abandonar sus movimientos rítmicos antes de llevar sus dedos a mi boca incitándome a chuparlos—. Estás tan mojada, cielo. Que delicia tenerte de nuevo.

Sus dedos húmedos de mi saliva se introdujeron en mi cuerpo. Un gemido lastimero salió de mi boca. Mis manos se aferraron con más fuerza al lavabo. Me mordí el labio para no emitir más sonidos.

—Me encanta cuando gimes para mí. —Y con su otra mano, mientras decía estas palabras, Maca desabrochó un par de botones de mi vestido para tener acceso a mis pechos—. Uhhh, ropa interior negra, ¿recuerdas cuánto me gusta?—Y atacó mis senos de pezones ya endurecidos dejándolos expuestos reflejándose en el espejo—. Mírate, cielo, no cierres los ojos, mira que bella eres. Quiero que te veas gozar, como yo te veo.

Aquella voz ronca anulaba mis sentidos, sus movimientos dentro de mí, el roce de sus manos, su pelvis contra mi cuerpo y los recuerdos, desarmaban todas mis defensas acompasando mis movimientos a los suyos para llegar al climax que amenazaba con explotar en mí interior.

Obedecí sus órdenes, abrí mis ojos y nos vi, vi mi cara de gozo, mis pechos reaccionar, su cara de lujuria y me dejé llevar sin armas para vencer aquella combustión espontánea que quemaba desde dentro.

Salió de mí interior antes de girarme para ponerme frente a ella. Devoró mi boca con furia, introduciendo su abrasadora lengua. Reaccioné cogiéndola del cuello y apretándola contra mí. Mis pechos desnudos chocaron con sus pequeños senos cubiertos por la ropa. Necesitaba el contacto de su piel. Desabroché su blusa con ansia, subí su sujetador de encaje blanco, ese era el color de mis deseos. Vi sus pezones rosados, pequeños, enhiestos y me lancé a la conquista de esos montes. Lamí, pellizqué, acaricié, succioné, devoré, alentada por los gemidos contenidos de Maca.

Levantó mi rostro, un leve cruce de miradas. Nos conocíamos tan bien que no hacían falta palabras. Las respiraciones entrecortadas inundaban el espacio. Sus dedos volvieron a colarse en mi interior y yo correspondí rozando su clítoris con mi mano por encima del vaquero. Su humedad era evidente.

Necesitaba más, más que un polvo urgente en un baño, más que un orgasmo improvisado. Y entonces volvió a salir de mí y se puso de rodillas. Su boca se bebió mis jugos, su lengua profanó

mi templo sagrado mientras su pulgar hacia círculos en mi clítoris. Se introdujo en mí, me lamió, me mordió, desgastó mi piel con sus labios, hasta que una explosión de placer se derramó en su boca empapada de mi humedad.

Se incorporó para sostenerme, mis piernas tardaron unos segundos en recobrar su rigidez. Besó mis pechos de nuevo, me besó con el sabor de mi sexo aún en sus labios. La devoré, devoré esa sonrisa que permanecía en su rostro al saberme conquistada de nuevo.

Acarició mi cara con su mirada perdida en mi pecho que oscilaba fruto de una respiración agitada. Sentí de nuevo sus manos pellizcando mis pezones. Éramos insaciables. De no haber sido por el sonido de unos golpes en la puerta la razón no hubiese vuelto a mi cabeza para impedir cometer un segundo error.

—Dios, ¿qué mierdas he hecho? —me pregunté a mí misma recomponiendo mis ropas.

—Vivir —respondió acomodándose el sujetador y abrochándose la blusa.

—Esto, no, ¡Dios! Aléjate de mí. No puedes volver a hacerme esto, otra vez no. Tú estás casada y yo, yo...

—Tú estás con alguien, lo sé.

—¿Y aun así estás aquí? ¿Para qué? ¿Para destrozarme la vida? —Abrí la puerta del baño y salí como una exhalación de la confitería.

Corrí, sin rumbo, bajo las nubes oscuras que ya habían descargado la tormenta hasta llegar a un parque cercano y sentarme a llorar en un banco aún mojado. No pasó mucho tiempo antes de percibir su calor ocupando el asiento a mi lado.

—Para hacer lo que debería haber hecho hace cinco años, aceptar que te quiero, que quiero ser la única mujer de tu vida. Cuando leí ese tweet lo supe, supe que tenía razón, que te gustaban las mujeres y que al fin habías acabado con una, aunque la hubieses dejado. Es irracional, lo sé, más aún cuando creí haber encontrado mi media naranja y estoy feliz y oficialmente unida a ella. Pero, cuando leí esa frase, pensar que podías estar en brazos de otra, lo siento, pero me hirvió la sangre.

—No estoy con ninguna mujer, Maca.

—¿Entonces...?

—Lo escribí por mi madre, murió hace unos meses. Estoy con alguien, sí, pero es un hombre. ¿Por eso viniste? ¿Por celos?

—Sí, estoy celosa, ¿vale?

—Pero me rechazaste, Maca, cuando me armé de valor para ir a por ti, para compartir mi vida con alguien, me rechazaste.

—Y te juro que fue lo más complicado que hice en mi vida y lo menos egoísta. Deseaba estar contigo, pero no quería hacerte lo que a las demás. Yo fui tu primera mujer, tu única mujer. —Torcí el gesto sin darme cuenta—. Oh, vaya, nunca es tarde para enterarse de que no fui la única.

—¿Pensabas que te iba a guardar la ausencia? Me marcaste. Llegaste a mi vida en un momento muy oscuro. El suicidio de mi amiga me había dejado rota y tú me recompusiste para volver a agrietarme de nuevo. Fue un año magnífico a tu lado, ya está. Tú eras una niña que gozabas con cada cuerpo conquistado, yo una mujer quebrada. No voy a negarte que no lo disfruté, pero el pasado es pasado, sin más.

—El pasado se ha hecho muy presente hace un momento.

—No debería haber sucedido.

—Pero pasó, Lucía, pasó. Y no he sido yo sola la que estaba en el baño, tú te dejaste llevar, participaste y habrías repetido. Me deseas, me deseas tanto como yo a ti, Lucía.

—Tengo una edad en la que el deseo no es una buena brújula para dirigir mis pasos. He

cometido un error que no volverá a suceder.

—Lucía, por favor, —dijo ella sosteniendo mi mano entre las suyas—, déjame demostrarte que he cambiado.

—Sí, ya lo veo. Una bonita forma de demostrarlo siendo infiel a tu mujer.

—Ha sido la única vez, Lucía, la única, y ha sido por ti.

—Que halago. —Tildé de sarcasmo cada una de las sílabas.

—Te amo, abu —sujetó mi cuello para clavar su mirada en la mía antes de decirlo y besar mis labios—. Aunque no te lo creas, Yo te amo.

Nuestras frentes se tocaron por unos segundos. Maca mantenía su mano en mi cuello. Elevé mi vista, hasta clavarla en sus ojos antes de tomar una determinación.

—Necesito que te alejes de mí.

—Dame una oportunidad, tan siquiera de ser amigas.

—No podemos ser amigas, Maca.

—¿Por qué?

—Porque sigues siendo la misma de siempre. La que me busca y engaña conmigo a su pareja.

—No recuerdo que protestases por eso entonces. Además, tú eras parte del engaño.

—Yo no fui infiel a Paz.

—Puede que no al principio, pero luego te hiciste su amiga, Lucía. ¿Se lo contaste alguna vez? ¿Le contaste que te acostabas conmigo mientras la incitabas a ir a verme? Claro que no, ¿cómo ibas a decirle que no eras el angelito que ella pensaba?

—Maca...

—¿Sabes que te tenía en un pedestal? Lucía esto, Lucía lo otro,... ¿Y cómo me sentía yo, eh? ¿Sabiendo que otras te deseaban, que había renunciado a ti para no destrozarte con mi actitud, pero mi novia te deseaba y que si tú querías te la tirarías?

—Nunca pasó nada entre nosotras.

—¿Por qué? Tú la cuidabas, acunabas sus penas, me odiabas y ella te deseaba.

—Porque ya le había hecho demasiado daño sin que lo supiese. Porque le había ocultado que había estado contigo, pero también los miles de veces que le habías puesto los cuernos. Porque ella no necesitaba más dramas, si no alguien que le ayudase a salir a flote sin que se enganchara a ella.

—Lo siento, Lucía, no lo conseguiste. Paz estaba enamorada de ti, tanto o más como yo lo sigo estando.

Mi corazón se aceleró ante la confirmación de algo que yo intuía tras los meses de contacto con Paz. Ella era una persona dulce, inocente, capaz de darlo todo por amor. Y yo, yo necesitaba que el trato que Maca le estaba dando no la destrozase como lo había hecho conmigo.

PAZ

Capítulo 11

27 de julio de 2013

Habían pasado varios días desde la última vez que había hablado con Maca. Las llamadas se habían cortado de golpe sin ningún tipo de explicación. Nuestra relación seguía siendo la misma. Ella seguía aprovechándose de mí y yo seguía dejando que lo hiciese. A pesar de que no era la infiel, no me sentía cómoda siendo una de las otras. No podía evitarlo, mis hormonas y mis sentimientos no me dejaban pensar con nitidez para romper con aquella relación tóxica que mantenía con ella. Me sentía algo perdida sin el ancla que suponía su voz, sin el fuerte amarre a la realidad que suponían aquellos contactos esporádicos entre nosotras. Sentía que yo no era nada para Maca si podía prescindir de mí durante tanto tiempo.

No era capaz de abandonar este bucle de pensamientos ni siquiera en mis horas de trabajo en el supermercado. Era tan rutinario, tan repetitivo, que era imposible no hundirme en el mar profundo de mi mente en mis horas laborales. Ni si quiera las pausas del café me servían para olvidarme de ella, de su ausencia de noticias. Así que me dedicaba a perder mi mirada en la taza a la vez que removía mi droga cargada de cafeína con una cucharilla plateada.

Así me sorprendió el sonido estridente de llamada aquella mañana. Miré esperanzada la pantalla para encontrarme con un número en vez de con el nombre de Maca. Aquel teléfono no estaba identificado en mi agenda, así que devolví el móvil al bolsillo de mi pantalón sin hacerle mucho caso. Solo la insistencia de las siguientes llamadas consiguió despertar el suficiente interés en mí como para acabar respondiendo al interlocutor desconocido.

—¿Diga?

—¿Lucía? —preguntó dubitativa una suave voz de mujer.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Paz —su indecisión se mezcló con mi sorpresa—. Maca me dio tu número por si alguna vez pasaba algo. —Mi corazón comenzó a latir desbocado temiéndose lo peor—. Es que hace días que no sé de ella, no contesta a mis llamadas, ni me las devuelve y lo último que hablé con ella fue que tuvo una bronca con sus padres. Querían llevarla al pueblo, que no siguiese estudiando allí. Y desde entonces no sé nada de ella. No sé si tú, quizás, podrías...

—Hace tiempo que no hablamos —contesté con frialdad intentando que no notase mis nervios.

—Maca me contó todo lo que haces por ella, lo que la ayudas. Te lo agradezco, no sabes cuanto te agradezco que seas su amiga, que la cuides. Eres una gran persona. Por eso me atrevo a pedirte que vayas a verla. Comprobar que este bien. Sabes cómo son sus padres de estrictos, quizás no nos llame por eso, porque tenga miedo de que descubran que...

—Que tiene novia. —Acabé su frase por ella mientras la culpabilidad se iba adueñando de mí al decir esa palabra.

—Sí, yo, no sé cómo se lo tomarían ellos. No sé lo que está pasando, ni si Maca está bien. Voy a volverme loca.

—Yo, no puedo dejar mi trabajo. No puedo ayudaros.

—Por favor, no sabes lo mal que lo estoy pasando. Si no lo haces por mí, hazlo por ella, por Maca, quizás necesite un apoyo en estos momentos, o alguien que la ayude a recuperar su vida.

—Está bien, haré lo que pueda —claudiqué más que nada por ese sentimiento de culpa que me hacía chiquitita ante aquella mujer.

—Gracias. —Pude escuchar como expulsaba el aire que había estado conteniendo, como si yo fuese su última esperanza para mantenerse en contacto con su pareja—. Eres tan especial como me había contado.

—Te llamó en cuanto tenga noticias.

Colgué sin esperar respuesta. Tomé a sorbos cortos mi café mientras pensaba en cómo iba a poder localizar a Maca y, sobre todo, como iba a hacer para alejarme de ella ahora que la figura de su novia se había convertido en alguien tangible en mi vida.

Capítulo 12

1 de agosto de 2013

Los días pasados en Baños de Montemayor habían sido de lo más surrealistas, pero al menos pude comprobar que Maca estaba bien y tranquilizar con ello a Paz. Fui con la firme convicción de comportarme como una amiga con ambas, de no sucumbir ante la encantadora de serpientes. Aguanté hasta mi última noche en aquel pueblo antes de permitir que sus manos recorriesen de nuevo cada recoveco de mi cuerpo y sus labios paseasen libremente por mi piel. Resistí a sus continuos ataques hasta el último momento, justo después de que finalizase la llamada diaria que le hacía a Paz desde mi teléfono. Horas después de cenar en casa de sus padres, segundos después de despedirme de ella en la puerta de mi habitación, pasamos las horas enredando nuestros cuerpos, nuestras lenguas, nuestras vidas, al son de una danza desenfrenada sin control antes de que el sueño venciese a nuestras ganas.

La mañana me sobrevino con las sábanas frías impregnadas del aroma a jazmín y la soledad como compañera, antes de que mis neuronas acusadoras me recordasen que había hecho lo que me había prometido no hacer, sucumbir a sus encantos traicionando la confianza de Paz.

Pasé todo el viaje fustigándome por mi comportamiento. Molesta conmigo misma por engañar a aquella mujer de voz dulce sin rostro, que se había ido introduciendo por las costuras de mis días en mi vida. Paz era romance puro frente a la sexualidad exacerbada de Maca, una dualidad que las complementaba y fisuraba poco a poco el alma de mi nueva amiga. La balanza de mis lealtades se iba inclinando más hacia su lado con cada conversación que tejíamos entre las dos y ese día, cuando me llamase, tendría que ocultar las verdades que mi corazón amordazado se moría por contarle a mi mente.

El móvil vibró en mi bolsillo. Inspiré cincelando una sonrisa en mi boca antes de responder. No sabía si sería capaz de ocultarle mi estado, la doble traición de su novia y de su amiga. No podía seguir así, dejándome arrastrar por Maca cuando comenzaba a crecer un afecto profundo en mi ser por Paz.

—Hola, chiqui —saludé con fingida alegría.

—Hola, Lucía, ¿ya estás de vuelta?

—Sí, ya la dejé en Baños trabajando en la cafetería y supervisada por sus padres.

—Pobre Maca. La tienen agobiada.

—En realidad, Paz, lo han hecho por ella.

—No los puedes defender, no la dejan vivir, la han apartado de sueño de ser puericultora, la tienen secuestrada sin dejarle comunicarse con nadie.

—Las cosas no son así, Paz, déjame que te explique. —Y entonces se lo conté, le conté lo que su madre me había dicho la mañana que fue preguntando por mí en la recepción de mi hotel, pidiendo que la dejaran subir a verme. Aquella mañana en la que me desperté vestida de culpa y desnuda de ropa con el aroma de Maca impregnado aún en piel—. Sus padres estaban muy preocupados por ella. Su hija debía el alquiler de la habitación, no había pagado la matrícula de la escuela, y no sabían qué hacía con el dinero que ellos le enviaban para ayudarla. Pensaban que estaba metida en drogas y que yo, una mujer que tantos años le sacaba, era su camello.

—Eso no es verdad, no puede ser verdad —comentó casi al borde de las lágrimas.

—Es cierto, Paz, yo misma le había prestado dinero cuando me dijo que sus padres no la ayudaban y que con el sueldo del hotel no llegaba a fin de mes.

—Yo también le dejé dinero. —El silencio inundó ambos lados de la línea.

—Hemos sido unas ingenuas porque la queremos. —Lo confesé ante Paz, aunque ella supondría que mi amor era de amiga—. Y, aun sabiéndolo, sé que volveremos a caer en cuando la veamos desvalida.

—¿Pero en qué gastaba el dinero?

—En irse de fiesta, en vivir por encima de sus posibilidades, en tus regalos.

—En mis regalos... Nunca llegaron, ¿sabes? —confesó con tristeza—. ¿Cómo pudiste mirarla a los ojos sabiendo esto?

—Me enteré la última mañana. Pero creo que, aun sabiéndolo, seguiría haciéndolo. Esos días, la vi tan feliz...

—Tienes razón, yo daría lo que fuese por ver esa sonrisa de nuevo. Eres una afortunada. Aunque, ¿sabes lo mejor? Que al menos allí está alejada de las tentaciones, ja, ja, ja —rió su propia gracia mientras yo tenía que morderme la lengua—. Gracias.

—Paz, yo no...

—Ojalá algún día podamos conocernos. Me encantaría tener nuestras conversaciones delante de un café, mirándote a los ojos.

—A mí también. —La batería de mi móvil se quejó exhausto de tanto uso—. Tengo que dejarte, se me va a apagar el teléfono. Hablamos mañana, Paz.

—Un beso.

Y justo, cuando colgaba la llamada, antes de que la energía del aparato finalizase, pude leer un mensaje entrante de Maca: «Una noche más como esta y soy tuya para siempre».

Capítulo 13

16 de agosto de 2013

Era la primera vez que iba a tener frente a frente a Paz. El día que me dijo que quería venir a pasarse unos días a Burgos fue el mismo en el que Maca rechazó mi propuesta de ser mi pareja formal. La vida me había recompensado con la presencia de aquella dulce joven tras recibir el no de la que era la causante de mis desvelos. Fue entonces cuando me di cuenta de verdad de como la camarera jugaba con nosotras, como manejaba nuestros sentimientos para conseguir lo que quería sin importarle las consecuencias. Fue entonces cuando fui plenamente consciente de que ella para mí era como una droga, que nunca se había preocupado por mi bienestar como si lo había hecho Paz.

Aquella muchacha de voz suave, calmada, dulce, que estaba a punto de bajarse del autobús, conocía el porqué de mi tristeza, había escuchado la historia de la amiga a la que llevaba tendiendo mi mano durante más de un año antes de que decidiese bajarse del viaje de la vida. Sabía el daño que eso me había hecho, me había preguntado, apoyado, me había hecho volver a sonreír, con simples cruces de palabras a través de un teléfono. Y yo le había devuelto sus molestias con engaños. Puede que de no haber sido por la negativa de Maca siguiese traicionando su amistad a pesar de que hacía poco más de quince días que la relación de Paz y la camarera se había quebrado.

La vi bajando las escalerillas frenada por la mujer embarazada que delante de ella daba cada paso con cautela. Alcé mi mano saludándola. Me acerqué hasta allí para ayudarla con las maletas. Noté en su cara el cansancio de un viaje en autobús de ocho horas con algún que otro trasbordo. Todo eso por verme, por conocerme en persona, por pasar unos días conmigo, en mi casa. A pesar de su cansancio la llevé andando desde la estación hasta mi piso en una bocacalle de la Plaza Mayor, casi al lado del bar Los Moritos.

Era un piso muy pequeño con una habitación, un salón con sofá cama, una cocina y un minúsculo baño. Yo vivía sola, para mí era bastante, aunque reconozco que esos días íbamos a andar un poco apretadas.

Al llegar a la vivienda le mostré mi habitación que le cedí de buen grado. Ella me dio el segundo abrazo de esa tarde, cercano, delicado, cálido, aderezado con un cariñoso y casi imperceptible beso que apenas sentí en mis mejillas. Me sonrojé, ruborizada por ser la destinataria de tanto cariño.

Seguí enseñándole el resto de las estancias. Al comprobar que no se veían más camas descubrí su cara extrañada.

—¿Dónde dormirás tú?

—En el sofá, se hace cama y es muy cómodo.

—Pero, tú deberías dormir en tu habitación, yo soy la invitada.

—Precisamente por eso dormirás en mi cama.

—¿Es una proposición, señorita Lucía? —preguntó vacilándome.

—Que simpática eres, al final vas a dormir en los bancos del paseo del Espolón, ya verás. —Comenzó a poner pucheros. Era tan adorable—. Sabes que no te haría eso.

—Lo sé, si fueras Maca no lo tendría tan claro, pero siendo tú sé que no me harías eso.

—Vamos, Paz, tampoco era tan mala.

—No lo sería contigo, te he contado alguna cosa, pero... Es que cuando no salían las cosas

como quería, o no conseguía lo que quería, se enfada, todo le sentaba mal, su tono era incluso agresivo. La quise, la sigo queriendo, pero... cuando hecho la vista atrás, creo que su amor no era sano.

La rodeé con mis brazos besando su coronilla.

—Bueno, ahora eso ya es problema de otra.

Se giró con rabia hacia mí, entendiendo el desliz que contenían mis palabras.

—¿Está con alguien? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Precisamente por esto, para que pudieses disfrutar de estos días sin que nada ensombreciera tu felicidad.

—Pensé que eras mi amiga.

—Y lo soy.

—En estos momentos no lo siento así. Tenía que estar con ella desde antes de dejarme y no me dijiste nada.

—Es mejor así, Paz. Ahora ya no estás con Maca. Olvídate de esos días, piensa en todo lo que tienes por delante, quizás, incluso aquí conozcas a alguien. —Necesitaba distraerla del tema Maca, temía que de no ser así acabase confesándole mi secreto y perdiese su amistad para siempre.

—No puedo, lo siento, no puedo —repetía agitando su mano en el aire, separándose de mí—. Me voy.

—Si es lo que quieres. Avísame cuando estés preparada, te acompañaré a la estación.

Se alejó encerrándose en la habitación. Estaba decepcionada, irritada, cansada. No me había costado pasar ese tiempo cuidando de su salud mental y sentimental por teléfono, pero esa crisis in situ ponía en evidencia lo mal que lo había estado haciendo con ella, alentándola a solucionar su relación con Maca mientras era yo la que quería estar con ella.

Un manto de culpabilidad volvió a cubrirme. No había nada que pudiese hacer para mejorar la situación, tan solo claudicar y dejar que Paz se marchase, se alejase de mí, me privase de esos días a su lado que esperaba ansiosa pensando que serían un bálsamo para mi maltratado corazón.

Pasaron las horas sin que ella saliese de la habitación. A medida que avanzaban las manecillas del reloj sin que ella apareciese por la puerta arrastrando una maleta mi inquietud iba en aumento. Sé que era algo irracional, casi imposible, pero el fantasma del suicidio de mi amiga comenzó a sobrevolar me. No podía controlar mis nervios, me acerqué con sigilo al umbral que nos separaba. No sé escuchaba ningún sonido tras la madera.

Dudé por un segundo, no quería invadir su pequeña parcela de intimidad, pero temía por su vida de una forma irracional. Así que giré la manilla con delicadeza, susurrando su nombre, antes de adentrarme en aquellas cuatro paredes para encontrarme a Paz tumbada en la cama, durmiendo, agotada por un llanto desconsolado que había acabado por dejarla sin fuerzas.

Me senté en un pequeño pedazo de colchón a su lado intentando no despertarla, acariciando su pelo y su espalda con suavidad. Paz era un pequeño ángel, delicado, inocente, que aún creía en el amor.

Me odié más a mí misma de lo que lo había hecho hasta ese momento. Me había dejado llevar por la manzana que Maca tendía frente a mí una y otra vez sin pensar en las consecuencias. Ahora me tocaba luchar por recomponer aquel maltratado corazón, era mi responsabilidad y estaba decidida a hacerlo.

Me incorporé para dejarla descansar. Antes de poder alejarme del borde de la cama ella aferró mi mano con fuerza.

—Quédate conmigo, abrázame, por favor —suplicó con voz lastimera.

Y yo cedí al dolor que escondían sus palabras tumbándome junto a ella, abrazando su tibio cuerpo, intentando alejar sus penas con el contacto de mi piel en su espalda.

Capítulo 14

25 de agosto de 2013

Los días pasaron visitando cada rincón de Burgos. Recorrí cada recoveco del castillo cogida de su mano, visitamos La Cartuja de Miraflores y el Monasterio de Huelgas, buscamos el Papamoscas en la Catedral, incluso cogimos el coche para acercarnos a disfrutar de la experiencia de tener los animales de Paleolítico en Vivo tan cerca que los podíamos tocar con las manos, tan cerca como mi cuerpo estaba del suyo cada noche.

Paz me pedía que me acurrucase a su lado, que compartiese la cama con ella, sin más pretensión que sentir el fuego de mi cuerpo en su piel en un inocente abrazo, o al menos, eso era lo que yo pensaba, que necesitaba la seguridad que le daba tenerme a su lado para alejar las sombras de la decepción de su corazón agrietado.

Yo la rodeaba con mis brazos. Pegándome a ella, custodiando su cintura con mi brazo y su estómago con mi mano, mientras disfrutaba del aroma de su pelo corto recién lavado. Ese aroma a cereza que desprendía después del baño y continuaba impregnado en su piel todo el día. Paz se acurrucaba contra mí, arrimando cóncavo y convexo sin apenas hueco entre nosotras, con sus dedos entrelazando los míos, acunando su sueño entre suspiros y algún que otro furtivo gemido.

Podía imaginar la sonrisa en su cara, la placidez de su gesto, la calma que le transmitía el contacto de la piel de una amiga que se desvivía por hacerla feliz, a la contra de su ex novia que se empeñaba en enfangar cada gesto de cariño que ella había tenido.

Así, fueron pasando los días, entre risas y castos contactos, entre visitas, cañas y cafés, el dulzor de los helados y la amargura del alcohol que su última noche bajó sin control por nuestras gargantas como fuego quemando nuestras entrañas.

Y así, entre los efluvios de la alta graduación de las bebidas, llegamos a casa de madrugada, yo con una verborrea exacerbada, Paz con las pupilas dilatadas y el cuerpo explotando de deseo. Subidas en el colchón ella intentó callarme con un beso, tímido, efímero, que quemó mis labios y nubló mi razón por un momento.

Asalté su boca de vuelta, con furia, con pasión, aferrando sus mejillas con mis manos, atrayéndola hacía mí, justo antes de volver a separarla y decirle: «lo siento». Su mirada suplicante pidiendo permiso para tocarme, sus manos de fuego a medio camino hacia mis caderas, su indecisión vencida por sus ganas, volvieron a Paz valiente para tumbarme en la cama colocándose sobre mí, aunque manteniendo su cara a una prudencial distancia de la mía.

Ella quería, yo quería, pero nos frenaban los miedos. Miedo a ser el parche de una relación fallida, a romper la complicidad que habíamos construido día a día, a perdernos en las brumas del deseo. Acaricié sus mejillas antes de apartarla delicadamente. Se giró dándome la espalda y yo, sin pedir permiso, sin que ella me lo reclamara, presioné mis pechos contra su espalda, me acomodé en su perfil aferrándome a su cintura con mi brazo. Suspiramos acompasadas antes de llenar la habitación de silencio y perdernos cada una en los demonios que serpenteaban entre nuestros pensamientos.

Capítulo 15

2 de septiembre de 2018

Hacía mucho tiempo que había cambiado el viejo y exiguo apartamento del centro por una vivienda más amplia en el barrio de Gamonal. Aunque céntrico aquel piso enano era excesivamente pequeño para Pablo y para mí. No echaba de menos mis caminatas por el paseo del espolón a la orilla del Río Arlanzón, ni tener que estar pendiente del nivel del afluente cada vez que los cielos se abrían para vaciarse en torrentes de agua. El cambio para mí había sido perfecto, aunque en aquel lugar se habían forjado bonitos recuerdos que habían copado mis sueños esa noche.

El encuentro con Maca había desatado las tormentas que había tenido escondidas desde hacía años y, sin saber por qué había vuelto a pensar en Paz. Ellas dos eran un pack indivisible en mis pensamientos.

Tragué de un sorbo mi café antes de enfrascarme en el ordenador. Desde que la tentación de mirada esmeralda se había vuelto a cruzar en mis días había abandonado mis visitas al L'Amelie. Tenía claro que la única forma de evitar caer de nuevo entre sus manos era evitarla, confiaba poco en mi fuerza de voluntad y mucho en su experto uso de las malas artes.

Al menos conseguía evadirme de mi huracán de pensamientos haciendo volar mis dedos por el teclado del ordenador, permitiendo que el trabajo me absorbiese para no pensar en lo que me gustaría acariciar con mis manos. Me evadía de tal forma que el timbrazo hizo que saltase en mi asiento llevándome la mano a mi pecho. Tras reponerme del susto inicial adecenté mis vestimentas de andar por casa para presentarme ante el repartidor de turno a pesar de no recordar tener ningún paquete pendiente. Abrí la puerta con las legañas aún campando a sus anchas en mis ojos, los mismos que se abrieron desmesuradamente al descubrir a la persona que esperaba en el descansillo.

—Hola —saludó tímidamente.

—¿Paz? ¿Qué haces aquí?

Era una sorpresa agradable verla ante mí después de haberla soñado, pero sorpresa, al fin y al cabo.

Es cierto que habíamos seguido en contacto, que nos wasapeábamos y nos enviamos una postal navideña cada año, que nuestra amistad seguía viva, aunque con cierto enfriamiento desde que yo había encontrado a Pablo y ella, ella había empezado a pasar de relación en relación sin asentarse en ninguna.

—¿Aparte de venir a ver a una amiga? —Se encogió de hombros antes de continuar—. Tengo una sustitución en el María Mediadora.

Me abalancé sobre Paz abrazándola, colmándola de besos. Seguía oliendo a cereza. Me aferré a ella sin intención de soltarla. Pude intuir su sonrisa pegada a mi cuello, sus brazos apretando mis costillas. Ella también estaba emocionada por el reencuentro. Bastaba ese contacto para avivar los rescoldos de un fuego apagado hacía milenios.

Me separé en cuanto sentí sus afilados dedos recorrer mi espalda y su profunda respiración contra mi melena despeinada. Señalé la suya.

—Te has dejado crecer el pelo. —Asintió—. Te queda muy bien. Estás muy guapa.

—Lo dice la reina de la belleza, que aún con ropa de casa destaca.

—Zalamera. Ven, pasa.

Cerré la puerta tras nosotras sin saber si tenerla allí sería lo más acertado para mantener a raya mis impulsos. Tomé sus manos entre las mías. La observé detenidamente. Acaricié su rostro.

—Dime, peque, ¿qué tal te va todo? ¿Con quién estás ahora? ¿Eres feliz? —Posó su mano sobre el dorso de la mía manteniéndola en su mejilla y cerró los ojos.

—Ahora sí.

Me aparté como un resorte. Se ensombreció su rostro. No podía permitirme caer. No podía engañar de nuevo a Pablo. No podía perderme entre su cuerpo después de haber sucumbido a los encantos de Maca. Sentía que la historia entre nosotras dos se repetía, que nunca sería nuestro momento.

—Imagino que sí, has conseguido tu sueño. —Intenté desviar el tema como pude.

—No lo he conseguido, Lucía, y mucho me temo que nunca lo conseguiré.

—Paz, yo, yo, sabes que estoy con Pablo.

—¿Sigues con él? —preguntó sorprendida.

¿Sería posible que también hubiese malinterpretado mi tweet?

—Nunca he dejado de estarlo.

Bajo su mirada al suelo. No intentó reducir el espacio que nos separaba.

—Qué bien tenerte por aquí. —Seguí con mi intento de evadir sus dardos envenenados—. ¿Ya tienes piso?

—Qué va, los alquileres están imposibles. De momento estoy en un hotel.

—Le preguntaré a Pablo, igual algún compañero alquila habitaciones. —Metí las manos en mis bolsillos y comencé a balancearme sobre mis pies, haciendo gestos con mi boca.

—Creo que me marchó. Yo, veo, veo que estás ocupada, no es un buen momento.

Fue bastante ver la decepción en su mirada antes de que me diese la espalda con intención de marcharse para que mi cuerpo tomase vida propia, haciendo caso omiso de la distancia autoimpuesta.

—No te vayas —supliqué sujetando su muñeca—. No sé, veamos una película o algo, por los viejos tiempos. —Asintió con una sonrisa sincera en su rostro.

Sabía que no estaba siendo justa con ella, que lo mejor era dejarla ir de nuevo, aunque eso fuese lo más duro que había hecho en mi vida. Mi yo egoísta la quería a mi lado, por eso la arrastré al sofá para sentarla a conmigo, la rodeé con mi brazo y le di un beso en la coronilla. Paz se acurrucó contra mí, posando su cabeza en mi hombro.

Encendí la tele, ni siquiera me molesté en buscar algo interesante que ver. Tan solo era una excusa para poder mantenernos así, una junto a la otra, sintiéndonos, disfrutando del silencio.

Paz fue dejándose vencer por el cansancio. Su cuerpo fue deslizándose por el mío hasta acabar tumbada sobre mi muslo, dormida profundamente. Me evadí del tiempo observando la placidez de su rostro. La rodeé con mi brazo y me quedé absorta mirándola y acariciando su brazo, en un gesto mecánico rescatado de mi memoria muscular. Que dulce era, que dulce seguía siendo Paz, anhelando ese amor que yo solo sabía darle a medias por temor a hacerla sufrir, dañándola más en el proceso.

El sueño me venció a mí también. No sé las horas que pasaron hasta que el sonido del bombín hizo que me desperezase ligeramente. Por la puerta apareció Pablo. Se dirigió a mí con un gesto interrogativo en su cara.

—Es Paz.

—Por fin la conozco. —Me besó—. ¿Se quedará a cenar? —Me encogí de hombros. —Se queda —afirmó—. Quédate tranquila, no la despiertes, se ve que está rendida.

—Debe haber estado todo el día buscando pisos. ¿No sabrás de alguien que alquile...?

—Claro, nosotros. Le podemos alquilar la habitación que tenemos vacía, no nos vendrá mal ese ingreso extra.

—¿Estás loco?

—No, lo digo en serio. Es tu amiga, es de confianza, ¿no?

—Sí, claro que sí, Pablo. Pero, ¿y nuestra intimidad?

—¿Intimi qué? Ah, eso. Buscaremos la manera. Se lo decimos en la cena.

No me dio opción a réplica. Se marchó al baño y, antes de que empezase a escuchar el ruido del agua de la ducha, mi cabeza ya estaba en ebullición pensando en el lugar en el que podría esconderme en la casa cuando estuviésemos solas si Paz aceptaba.

Capítulo 16

20 de septiembre de 2018

Paz aceptó y yo había estado esquivando desde entonces cualquier situación que nos mantuviese solas bajo el mismo techo durante más de cinco minutos seguidos hasta que un maldito resfriado me tumbó.

Me había pasado la mañana en la cama alternando los minutos entre dormitar y sonarme los mocos. No había tenido fuerzas ni para levantarme a tomarme el caldo que Paz me había dejado preparado. Hacia las tres de la tarde conseguí trasladar mi cuerpo hasta el sofá donde me quedé traspuesta hasta que el sonido de la puerta me trajo de nuevo a la consciencia. En cuanto vi aparecer sus pequeños pies tras el umbral me hice la dormida intentando pasar desapercibida.

Paz dejó su mochila con delicadeza en el suelo y se acercó a mí. Tocó mi frente, besó mi mejilla y me tapó con la manta justo antes de sentarse en el pequeño hueco que dejaba mi cuerpo para acariciarme constantemente el pelo.

Sentía su mirada llena de compasión clavada en mí. Sentía el roce de sus manos provocando más calor en mi piel. Si seguía así entraría en combustión espontánea, así que me giré sobre mí misma fingiendo que me desperezaba.

—Incluso así estás preciosa.

—¿Con mi nariz de payaso?

—¿Va a ser así siempre?

—Paz, estoy enfermita, dame cancha.

—Te la daría si no fuese porque esta parece ser la única forma de poder hablar contigo.

—Hablamos todos los días.

—Me rehúyes, cielo —aseveró sin dejar de acariciarme.

—¿Te quieres aprovechar de mí estando vulnerable? —pregunté juguetona.

Se levantó del sofá. Yo aproveché para incorporarme a pesar de que la cabeza me daba vueltas. Paz se giró y al verme se apresuró a acercarse hasta mí para tumbarme de nuevo en el sofá colocando mi cabeza en su muslo, persistiendo con sus caricias.

—Lucía, sabes que no voy a intentar nada. Nunca he ido más allá de lo que tú no querías ir.

—Ese no es el problema, Paz. Me fio de ti, pero no de mí.

—¿Quieres que me vaya?

Negué con un gesto de mi cabeza. Tenerla allí, aunque fuese manteniendo las distancias, había hecho mejores mis días. Verla tan feliz, radiante, tan cercana,... Eso era lo más cerca que podía permitirme estar de compartir una vida con ella.

—¿Quieres que deje de acariciarte? —Volví a negar—. ¿Qué me levante? —Negué de nuevo. Aun así se levantó acucillándose a la altura de mi rostro—. Dime que quieres.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero haceros daño.

—¿Y es mejor hacértelo a ti misma? Cielo, eres una buena persona, te mereces ser feliz. Tú tienes que buscar tu felicidad, no la de los demás.

—No, no soy buena persona. Tú no sabes...

—Shhhh. —Posó su mano en mi mejilla acercándose a mis labios—. Estoy aquí, ¿vale? No me debes nada, ni estar conmigo, ni no estarlo. Somos amigas, ¿sí? Sí, lo somos. Ya está, eso ya

es mucho para mí. —Se incorporó—. Así que ahora, voy a calentarte un poco de caldo y tú vas a tomártelo y a descansar. Y espero, que cuando estés mejor, no vuelvas a huir de mí. Ya ves que no muerdo.

Capítulo 17

25 de septiembre de 2018

Después de las palabras de Paz no había podido evitar dejarme llevar. No había nada malo en disfrutar de nuestra amistad, no podía ofrecerle nada más, no volvería a cometer el mismo error. Por eso, aunque la gripe solo me dejó fuera de juego durante un par de días, me hice la enferma durante unos cuantos más para seguir disfrutando de los cuidados de Pablo y de los de mi amiga. Ella no perdía ocasión de rozarme, de depositar delicados besos en mi mejilla, mi frente o mis manos, era puro amor. Cada gesto, cada palabra, estaba cargados de sentimiento, de preocupación. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban se quedaban enlazadas por minutos, antes de que la razón ganase al corazón para desenredarlas.

No podía alargar más mi fingida agonía, empezaba a ser demasiado evidente que estaba aprovechando en demasía mi falsa debilidad, aunque tampoco me apetecía desgastar ese día en una intensa jornada laboral después de mis días de convalecencia. Me pareció una buena opción preparar una comida para mis enfermeros en agradecimiento a sus atenciones. Encendí la radio antes de proteger mi ropa deportiva de andar por casa con un mandil y de abrir la nevera para ver qué podía inventar con las existencias que lo llenaban.

Mi cuerpo se movía al son de la música mientras escogía ingredientes para hacer un guiso. Me gustaba poner alto el volumen para evadirme de todo menos del movimiento desacompañado de mis caderas. Poco a poco fui cortando las verduras, añadiendo los condimentos y removiéndolos elevando de vez en cuando la cuchara de madera a mi boca para gritar la letra de las canciones con una entonación desentonada. En una de esas ocasiones en la que me creía la vocalista una cabeza apareció al lado de mi cara berreando al micrófono improvisado en un inglés más perfecto que el mío. Salté lanzando la cuchara por los aires que acabó aterrizando en su pelo.

—Ay.

Me giré hacia Paz, tocando su melena para comprobar que no le había hecho daño. Ella reía a mandíbula batiente. Sujeté sus carrillos con mis manos antes de darle un sonoro beso en su mejilla.

—Bruja, menudo susto me has dado.

—Ahora soy yo la enferma, tendrás que cuidar de mí —comentó poniendo pucheros antes de responder a mi beso con uno en la punta de mi nariz.

—Sí, sí, enferma, tira a poner la mesa —ordené dándole un cachete cariñoso en su nalga.

—Oye, primero un coscorrón, ahora una nalgada,...

—Venga, no te quejes tanto que entre que te pones cómoda y pones la mesa la comida está preparada.

Seguí centrada en la cocina, aunque me permití girar mi cabeza para observar cómo se marchaba hacia el baño para cambiarse, seguía luciendo el cuerpo escultural que gustaba cuando la conocí, cuando abracé esas curvas contra mi piel y sentí como la suya se acaloraba con mi contacto.

La música seguía sonando mientras la salsa del guiso borboteaba. El olor invadía la cocina pero no pudo ocultar el aroma a cerezas que se aproximaba hacia mí. Paz posó sus manos en mi cintura hasta girarme para comenzar a bailar conmigo la bachata que sonaba en la radio intercalando nuestras piernas. Me dejé hacer disfrutando del roce de su muslo, sintiendo el calor

de su sexo en el mío. Cerré mis ojos dejándome llevar por ella, por ese ritmo que siempre había tenido en sus caderas. Aferró un brazo en mi cintura aproximándose más. Su rostro rozaba el mío. Sentí como aspiraba mi olor expulsándolo en bocanadas largas que no ocultaban el deseo que la invadía, al que se resistía de manera férrea para no cruzar la fina línea de nuestra estrecha amistad. Posé mi frente en su hombro frenando el movimiento de nuestros pies. Suspiré, retener mis sentimientos estaba siendo más complicado de lo que suponía. La bachata terminó, me retiré de su lado tironeando de las mangas de mi camiseta. Volví a inspirar con fuerza, con mi mirada dirigida al suelo, escuchando al locutor llenando nuestros silencios y la respiración agitada de Paz que no encontraba las palabras.

El borboteo del guiso atrajo mi atención. Me dirigí a la cazuela removiéndola. Sin verla podía sentir su inseguridad, su indecisión ante mis señales contradictorias hacia ella. Recogí un mechón de mi pelo detrás de mi oreja cuando noté su presencia de nuevo tras de mí. Se estiró para coger unos vasos del armario que estaba por encima. Nuestros cuerpos volvieron a rozarse efímeramente. Gruñí soltando la cuchara que cayó dentro del guiso.

—¿Qué? —me preguntó confusa.

—Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué? Solo estaba cogiendo unos vasos.

—Pegarte tanto a mí —dije mientras desataba el mandil y me lo quitaba saliendo de la cocina.

—Solo estaba cogiendo los vasos, Lucía.

—No lo soporto. —Me fui al salón.

—¿No soportas que te toquen? ¿Desde cuándo? -Siguió mis pasos con los vasos en la mano.

—No soporto que me toques.

—No sabía que te resultase odioso mi contacto. —Posó los vasos en la mesa antes de sentarse en una silla desmadejada.

—Paz, no me resulta odioso, es que no soporto que me toques por qué, es que... —Me acuclillé posando mis manos en sus rodillas enlazando nuestras miradas—, el problema es que, que, joder, que cuando me tocas lo que quiero es...

La puerta se abrió. Mis manos se separaron de Paz. Me incorporé dando un par de pasos hacia atrás.

—Vaya fiesta os tenéis montada. Que bien huele, ¿Has cocinado tú, Paz?

—No, esta situación es obra de tu pareja. Voy a acabar de montar la mesa.

Se incorporó y, al pasar por mi lado, amparada por el volumen de la música que aún seguía sonando, me susurró: «ya que no me dejan montar otra cosa».

Capítulo 18

25 de septiembre de 2018

No hizo falta acabar mi confesión para que Paz supiese que era lo que quería decir, que no soportaba su contacto porque encendía el deseo en cada poro de mi piel. No podía permitirme eso, no podía permitirme patinar de nuevo, no con ella, no podía hacerle eso, dejar que se ilusionase con algo que yo sabía que no tendría continuidad.

Pero Paz lo había entendido de otra forma y esa frase a medias había abierto la veda. No dejó de lanzarme frases con doble intención durante toda la comida, de rozar con mi pie con el suyo, de sonreírme, de chupar sus cubiertos de forma sugerente. No perdió la oportunidad de que sus pechos tocasen mi espalda efímeramente al recoger los platos de la mesa, ni de que su mano acariciase mi mejilla al retirarla después de posar el plato de postre frente a mí. Sentí como el calor subía de mi vientre a mis mejillas, como la humedad empezaba a hacerse patente en mi entrepierna. Aquellas insinuaciones, aquel juego que Paz estaba desarrollando para tentarme delante de Pablo estaba siendo excesivamente excitante, pero necesitaba que aquello parase o no podría seguir manteniendo la compostura ni reteniendo mis ganas de Paz.

Cuando acabamos mi chico no la dejó recoger la mesa. Se levantó para hacerlo él mientras nos enviaba al sofá a ver la tele.

Ella se sentó a mi lado posando una manta sobre nuestras piernas. Intenté separarme ligeramente, pero Paz recorría inmediatamente el espacio que nos separaba. Su muslo rozaba el mío y su mano viajó hasta mi sexo por debajo de la manta.

No podía dejar de girar mi cabeza hacía la cocina mientras intentaba apartar sus dedos de mí. En cuanto sintió mi humedad sonrió, pícara, acomodando su cabeza en mi hombro.

—Para, por favor. No quiero hacer esto —supliqué.

—Si quieres, tu cuerpo quiere.

—Pues no debo. Para ya —ordené algo enfada retirando su mano que volvió inmediatamente al mismo lugar—. Por favor, por favor, Paz, no me hagas esto —supliqué con voz lastimera.

Ella me miró a los ojos viendo el sufrimiento que había en ellos. La quería, la deseaba, con todas mis fuerzas, pero no así, no allí. No con una infidelidad, Paz no se merecía tenerme de ese modo, si no podía estar con ella dándolo todo, era mejor dejarla marchar de mi lado.

Pareció comprender mis inquietudes, mis miedos, las dudas que me asaltaban y retiró su mano de mi cuerpo.

—Café —dijo separándose de mí—. Pablo, ¿quieres café?

—No, chicas. Creo que cuando acabe de fregar voy a echarme una siesta. Lucía, ¿por qué no la llevas al L'Amelie? Todavía no lo conoce y podéis tomaros un postre mejor allí.

—Pero ya hemos tomado postre, Pablo —protesté intentando no tener que volver a ese local.

—Venga, con lo golosa que eres no me vas a decir que no eres capaz de repetir. Llévala a la mejor confitería de Burgos y disfrutar de un tiempo para vosotras.

Tragué saliva por la frase de Pablo, disfrutar de un tiempo para nosotras. Ojalá pudiésemos hacerlo.

Capítulo 19

25 de septiembre de 2018

Paz aprovechó el corto trayecto para colgarse de mi brazo. Avanzaba rodeada de un halo de felicidad pegándose a mis curvas. Yo me separaba todo lo que nuestro caminar nos permitía sin arrastrarla. El silencio nos acompañó hasta que llegamos a la confitería y ocupamos mi mesa favorita. Zaida me sonrió, feliz de volver a tenerme entre sus clientas, no tardando en acercarse con mi orden no pedida.

—Pensé que habías encontrado mejores pasteles —bromeó colocando un café acompañado de una milloja de crema tamaño -XXL.

—Eso es algo imposible —respondí mirándola tironeando de las mangas de mi camisa que mantenía bajo la mesa.

—¿Café? —preguntó la camarera mirando a Paz que asintió—. Espero que no vuelvas a escaparte, más que nada para no tener que decepcionar a tus fans. —Alcé mis cejas demandando una explicación—. Nuestra amiga común ha venido todos los días en tu busca —desveló antes de irse a buscar el pedido de mi acompañante.

Tapé mi cara con mis manos suspirando profundamente. Cuando las retiré me encontré con Paz mirándome con cara de no comprender nada.

—Maca —dije como toda explicación.

—Maca? ¿Qué hace ella aquí?

—Hay algo que debo contarte, pero no sé cómo empezar porque sé que después vas a odiarme. No he sido sincera contigo. —Me alongué sobre la mesa tomando sus manos—. No quiero hacerte daño, pero debes saber toda la verdad antes de tener una conversación sobre nosotras. —Inspiré profundamente—. Vamos allá. Maca ha venido en mi busca porque quiere algo conmigo.

—Ja, ¿contigo? —Asentí—. ¿Ella y tú? Siempre quiere lo que no puede tener.

—En realidad, Paz, ya la he tenido, y es deliciosa, te lo puedo asegurar.

Maca no podía aparecer entre nosotras de una manera discreta. Se había metido en medio de nuestra conversación desvelándole el secreto que llevaba años ocultándole a Paz. Ella tardó unos segundos en comprender la dimensión de la revelación de nuestra ex pareja. En cuanto lo hizo separó bruscamente sus manos antes de comenzar a correr alejándose de nosotras con las lágrimas amenazando con escapar de sus ojos. Intenté seguirla, pero Maca me sujetó del antebrazo frenando mi persecución. La observé con una mirada cargada de odio que hizo que Maca me soltase elevando sus brazos al aire en señal de rendición.

—Sabías que esto tenía que pasar, desde el momento que seguiste metiéndote en mis bragas a pesar de conocer su existencia.

—Eres una zorra —escupí las palabras con todo el odio de las que fui capaz de cargarlas.

—Pero te encanta.

—Aléjate de mí, ya te lo dije. No quiero volver a verte.

—Venga, —se aproximó a mí guardando un mechón de mi pelo tras mi oreja—, podemos aprovechar este encuentro.

—No. —Palmeé su mano con fuerza—. Lo nuestro es un error, siempre lo ha sido. Déjame en paz, si de verdad me quieres, déjame en paz.

El móvil empezó a vibrar en mi bolsillo, la pantalla anunciaba una llamada de Carla. Gruñí

antes de pulsar el botón rojo.

—Joder, la que faltaba —dije en voz más alta de lo que quería.

—Vaya, parece que tienes más admiradoras. Eres muy popular, y no me extraña.

—¡Vete a la mierda, Maca! Vete un poquito a la mierda.

Dejé a Maca y su aroma a jazmín plantados en la confitería. Me alejé con paso firme sin ninguna opción de ir tras Paz para intentar solventar lo que suponía que se había roto entre nosotras. No sabía qué hacer, la cabeza me daba vueltas y el móvil comenzó a vibrar de nuevo en mi mano. Miré la pantalla, su nombre volvía a estar en ella.

Hacía casi cuatro años que no hablábamos. Nos enviábamos algún WhatsApp de vez en cuando, pero no había vuelto a escuchar su voz desde que respondí con una negativa a su proposición de oficializar nuestra relación que llevaba meses afianzada en la sombra.

Carla

Capítulo 20

12 de septiembre de 2013

Llevaba más de media hora sentada delante del ordenador con la dirección de la página web del chat cargada a la espera de que introdujese un Nick en ella. Mi indecisión no venía por no saber cuál escoger, si no por no saber si dar ese paso. Quería confirmar si me gustaban las mujeres o si mi escarceo con Maca había sido fruto de mi situación personal mezclada con sus estudiadas artes de seducción, y no se me había ocurrido nada mejor que buscar chats lésbicos para relacionarme con otras chicas.

Había tomado esa decisión con determinación, pero llevarla a cabo no estaba siendo tan sencillo. Tenía miedo, miedo de confirmar algo que llevaba tiempo teniendo muy claro porque no había sido solo Maca por la que me había sentido atraída, Paz también había provocado reacciones en mi cuerpo, aunque con ella creía que podría deberse a querer vengarme en silencio de la camarera con su antigua pareja.

Mi cabeza estaba hecha un lío, necesitaba hacer algo para saber qué era lo que sentía, para ser sincera conmigo misma, pero los prejuicios sociales aún habitaban en lo más profundo de mí y temía tener que aceptar mis inclinaciones sexuales, algo que yo siempre había respetado en los demás pero que parecía no querer aceptar en mí misma.

Me insuflé fuerzas inspirando y exhalando un par de veces antes de empezar a conformar una palabra, algo que no me definiese para nada, que no me identificase, no fuese a ser que encontrase a alguien conocido. En ese momento me convertí en Lilith en un mundo cibernético en el que podía ser quién yo quisiese sin miedo a ser juzgada.

Me mantuve en silencio, observando la conversación que se desarrollaba en el general y obviando los mensajes obscenos que me llegaban en los privados. Me sentí a gusto siendo un fantasma, asistiendo a lo que contaban las demás, sin dar señales. Era un ente invisible en medio de tantos Nicks, hasta que uno me llamó la atención. Carla45, una mujer que buscaba alguien con quién hablar.

No advertí ningún peligro en mantener una conversación intrascendente con una desconocida con la que posiblemente no volvería a coincidir, así que abrí una ventana privada y saludé.

Fue una conversación rutinaria, manida, que nos ayudó a consumir media hora de nuestras vidas sin darnos cuenta antes de que nuestro gusto por la lectura, por los viajes, las series y el teatro convergiesen hasta el punto de olvidarnos del resto del mundo. Aquella media hora se convirtió en una noche entera de confesiones y relatos que nos descubrían todo lo que teníamos en común.

La mañana nos asaltó para expulsarnos de ese mundo binario que compartíamos hacia la realidad de nuestro día a día. Me costó cerrar el chat por el miedo de no volver a coincidir con ella. Dejamos en manos del destino volver a encontrarnos cuando por fin tuve fuerzas para clicar la X.

Me tumbé en el sofá. El regusto de aquella conversación seguía empapando mis neuronas tiempo después de alejarme del ordenador. Carla45 era una persona culta, educada, entretenida, con la que era capaz de pasarme horas muertas únicamente hablando. Guardé en lo más profundo de mí la esperanza de volver a coincidir con ella en el chat, sin sentir la necesidad de que sucediese nada más.

Capítulo 21

25 de diciembre de 2013

Pasaban las semanas y Carla me enredaba palabra a palabra en su vida sin que apenas me diese cuenta de lo mucho que empezaba a necesitarla, a necesitar sus conversaciones, los momentos con ella, sus bromas y sus muestras de cariño. Sin darme cuenta me estaba enamorando de su forma de ser, de sus atenciones, de la dulcura que destilaban sus frases, de nuestras conversaciones.

Fue algo casual, sin haberlo premeditado ni buscado. Yo solo quería saber si me gustaban las mujeres y acabé encontrándome sumergida en una relación platónica a través de un chat. No sabía nada de Carla, solo lo que ella había querido contarme, y aun así la amaba. Cuando fui consciente de ello un miedo irracional comenzó a invadirme, ¿y si me había mentido? ¿Qué parte de todo lo que me había dicho era verdad? Tan siquiera sabía si era realmente una mujer. Nunca la había visto, ni nos habíamos intercambiado una foto, ni tan siquiera había accedido a mantener una video llamada conmigo. Y los porqués revolotearon por mi mente hasta casi volverme loca, hasta que decidí que no podía seguir así. Ese día le daría un ultimátum, o nos conocíamos en persona o, aunque me rompiese el corazón, no volveríamos a conversar.

Esperaba con una mezcla de excitación y miedo a que Carla se conectase. Después de esa tarde podía perderla para siempre o avanzar en nuestra relación. No entendía sus miedos, que no necesitase conocerme como yo lo necesitaba. La conexión que notaba entre nosotras no era algo que yo me pudiese imaginar o que ella no sintiese.

Un pitido procedente del ordenador desvió mi atención hacia él para encontrarme una frase de Carla tatuada en la pantalla.

CARLA: Hola, preciosa.

LUCÍA: Hola.

CARLA: Uy, que seca. ¿Estás bien?

LUCÍA: Sí.

CARLA: Lucía, cielo, ¿qué te pasa?

LUCÍA: Nada.

CARLA: ¿No me lo vas a contar?

LUCÍA: Esto no funciona, Carla. Quiero conocerte, no me basta con lo que sea esto que tenemos. Me gustas, mucho, pero así no quiero, yo quiero verte, saber quién eres.

CARLA: No estoy preparada, cielo.

LUCÍA: Pues yo no puedo seguir así.

CARLA: Tengo miedo de perderte. Nunca imaginé que iba a sentir esto, y, y, no quiero perderte, Lucía.

LUCÍA: Veámonos, solo te pido eso. No sé de qué tienes tanto miedo.

CARLA: ¿Tú no lo tenías? Si estuviste dos semanas para acceder a darnos el email.

LUCÍA: Precisamente porque no sé quién eres y sigo sin saberlo a pesar de todo lo que nos conocemos después de este tiempo. Solo te pido vernos, solo eso, por la web, ni siquiera me has enviado una foto tuya.

CARLA: No me siento segura aún. Sé que cuando me conozcas te irás de mi lado. Siempre lo hacen.

LUCÍA: Y si no te veo me iré igualmente, no puedo estar prendada de unas letras.

CARLA: Cielo, por favor, dame tiempo, ¿sí? No quiero perderte tan pronto.

LUCÍA: Ya lo has hecho.

Cerré el chat sin darle opción a réplica. Tapé mi cara con mis manos y rompí a llorar. Sabía que había tomado la decisión correcta pero no podía evitar sentirme vacía por la pérdida de alguien que no había pasado de ser un ente cibernético pero que había calado muy hondo en mi ser.

Pasados unos minutos logré calmarme lo justo para limpiar mis lágrimas con el dorso de mi mano, sorbí los mocos, agité mi cabeza y, con toda la dignidad de la que fui capaz me levanté para ir a tomarme una ducha que arrastrase los restos de tristeza de mi piel y de mi alma. Antes de avanzar toqué el teclado recordando el tacto de las únicas caricias que había podido compartir con Carla. Un estúpido impulso me incitó a abrir mi cuenta de correo electrónico, no sabía que esperaba encontrarme, pero desde luego no aquello, un correo de Carla con un par de archivos adjuntos. Lo abrí con ansiedad, había una foto de una chica pelirroja preciosa que me sonreía desde el otro lado de la pantalla, y una entrada para un concierto de Back Street Boys el 19 de febrero en el Palacio de Vista Alegre de Madrid.

Sonreí, antes de leer el cuerpo del correo, por poder ponerle cara a Carla, porque no la había perdido y porque cómo disculpa me había regalado un pase para ver a uno de los grupos de mi juventud que tanto me habían gustado. Se lo había contado en una de nuestras conversaciones y ella se había acordado.

«Conéctate, por favor».

Una sola frase dentro de aquel email, una súplica acompañada de lo que yo le había pedido que demostraba que para ella también era alguien importante.

Aparqué mi orgullo. No perdí un segundo en volver a conectarme. Estaba allí, esperando mi respuesta. En cuanto me vio inició una videollamada a la que no dude ni por un momento en contestar.

—Hola —saludó alzando su mano derecha.

Me mantuve en silencio inclinándome hacia la pantalla, observando con detenimiento cada milímetro de su rostro. Era preciosa, con ese tono de piel moreno que contrastaba con su pelo pelirrojo. Mordí mi labio inferior mientras la miraba.

—Uhhh, pequeña, no hagas eso que me pones mala —me suplicó rodando sus ojos.

—¿El qué?

—Mirarme así, ese gesto, pufff, Lucía.

—Perdona.

—No, cielo, perdóname tú. Yo también tenía muchas ganas de verte. —Llevó la mano derecha a la pantalla como si quisiese traspasarla para tocarme—. Eres preciosa.

—¿De qué tenías miedo, Carla?

—De perderte, te lo dije.

—¿Pero por qué?

—Yo... —Desvió su mirada de la pantalla se levantó y dejó a la vista el motivo de su inseguridad—. Por esto.

Me reí, no fue lo más adecuado, supongo que su inseguridad se acrecentó, pero es que comprobar la nimiedad del motivo por el que pensaba que iba a abandonarla me hizo descargar en forma de carcajada la tensión que había acumulado al elucubrar sobre todas las terribles posibilidades.

—Bien, tu reacción me ha dado la razón. Adiós, Lucía.

—Espera, espera, espera. Por favor, espera, Carla. No me estoy riendo de ti.

—Ah, ¿no? Porque es lo que parece.

—No, claro que no —agité mi cabeza—. Me río de la situación. Me había imaginado que eras un tío, transexual, que estabas loca, siamesa yo qué sé lo que había pensado para que insistieses tanto en que te iba a rechazar, pero eso, que te falte medio brazo no te hace menos hermosa. —Vi como su sonrisa se ampliaba y su gesto se relajaba ante mis palabras.

—Entonces, ¿vendrás conmigo al concierto?

—Tengo que revisar mi agenda, señorita.

—Es cierto, es una mujer muy ocupada.

—Claro, pero para usted tendré esos días libres.

—Será genial conocerte, cielo. Tengo tantas ganas.

—Y yo, Carla, pero se me hace tan largo esperar a febrero para poder tenerte frente a mí. —Puse pucheros.

—Podemos vernos cuanto tú quieras, cielo. En mi piso siempre tendrás una habitación para ti sola, si quieres venir a verme.

—Aja, una habitación para mi sola, está bien, pero yo pensaba mejor en una habitación compartida. —Sonreí pícara a la webcam.

—Si la compartimos, ¿comenzarías el año conmigo?

—No conozco una mejor manera de hacerlo.

Capítulo 22

20 de febrero de 2014

A pesar de los años aquella boyband seguía siendo de lo más espectacular sobre los escenarios. Había sido un concierto sin igual para rememorar tiempos jóvenes y lo había disfrutado en compañía de Carla, a su lado, con su brazo rodeando mi cintura y su aliento susurrándome canciones al oído.

A pesar de que estaba disfrutando de la oportunidad que me había brindado Carla, estaba deseando que acabase el concierto para ir corriendo a la habitación y deshacerme en sus brazos. Aquellas caricias inocentes, los roces casuales, el fuego de su mirada y el calor de su voz haciendo cosquillas en mi oído habían encendido la llama del deseo en mí.

Gracias a Dios no cedimos a la insistencia del recepcionista del hotel para cambiarnos la habitación por una con dos camas individuales. Sé que él lo hacía de buena fe para que dos amigas nouviésemos que dormir juntas. Hubiese estado bien si solo fuésemos dos amigas y no dos amantes locas de deseo por devorarnos, lo que haríamos mejor en una cama King Size, aunque cualquier lugar hubiese sido válido para ello.

En el metro Carla no paraba de mirarme pasándose la lengua por sus labios y mordiéndose el labio inferior. Yo no podía más, no dejaba de tragar saliva a la espera de que acabase aquella terrible espera. Todo mi ser ardía.

Cuando llegamos a la habitación el sonido de la puerta cerrándose tras nosotras fue una liberación. Me abalancé sobre ella y, besándola, la dirigí hasta el borde de la cama. La desnudé lentamente, admirando cada una de sus curvas, incluso la del muñón de su brazo, nunca llegó a contarme esa historia.

Recorrí su cuerpo con mi dedo índice, desde el inicio de su cuello hasta la punta de sus pezones sonrosados, duros e inhiestos, que revelaban la necesidad que ella sentía de mí, como lo hacía su gesto con los ojos cerrados mordiéndose su labio.

Seguí el recorrido de mi mano bajando por sus abdominales, su vientre, su monte de Venus, tan mojado, tan excitado, tan necesitado de mí.

Quería sentir el calor de su piel abrasando la mía, la viscosidad de su sexo resbalando por mi muslo, quería sentirla a ella, su boca sobre mi cuerpo, lo quería todo de Carla, lo que me había dado en Navidad, lo que restaba por darme.

Me desnude con rapidez. La empujé delicadamente. Cayó sobre el colchón esperándome con sus piernas abiertas invitándome a devorarla.

Me arrodillé, quería beber sus jugos, lamerlos, mordisquear su clítoris hinchado, introducir mi lengua dentro de ella, muy dentro, antes de que mis dedos explorarán una vez más aquella gruta que se ajustaba tan bien a ellos.

Escuché sus gemidos. Sentí su mano en mi pelo, marcando un ritmo acompasado al de sus caderas. Estaba a punto de explotar, a punto de darme el mayor placer que conocía, escucharla nombrarme en el clímax de su orgasmo. Yo era de nuevo la culpable de sus gritos, de sus gemidos, de su piel erizada, de su gozo. Yo, una aprendiz.

Quedó desmadejada en la cama por unos segundos, con su mano sobre mi cabeza y su respiración agitada. Era una diosa, mi diosa, la que me llevaba al paraíso, la que me hacía soñar, creer en mí misma. La quería para mí, solo para mí.

—Joder, Lucía. ¿Con quién has estado practicando estos meses? —soltó con total naturalidad.

—Con tu recuerdo.

Se incorporó quedándose sentada en el borde del colchón. Me miró, juraría que vi admiración en su cara. Sonreí. Se inclinó para besarme. Un beso tierno con sus labios turgentes, lento, largo. Nuestros labios se enredaban animados por la pasión que volvía a encenderse.

—Dios, Lucía, eres mi droga. —Besos cortos en mi cuello—. Ven.

Se colocó en la cama dejándome un hueco a su lado. Me acomodé en él. Ella me acarició, tirando de mí hacia su cuerpo con un empujón en mi culo. Nuestras caderas estaban unidas y entre ellas nuestros muslos enlazados. Lo movió rozando mi entrepierna, desatando un maremoto en ella. Me sentí morir en aquel momento, a punto de estallar de gozo, sin llegar a conseguirlo. Carla sabía hacer eso llevarte al límite y frenar un instante para desesperación de su oponente.

Pellizcaba mis pezones, invadía mi boca. Movía sus caderas, me decía palabras candentes al oído con voz ronca. Y de repente, una súplica.

—Quiero estar dentro de ti. —Asentí—. No con mis dedos, me he traído un juguete.

—¿Un juguete?

—Aja.

—¿Qué juguete? —pregunté tremendamente excitada.

Se levantó de la cama. Rebuscó en su maleta y lo alzó en el aire, dejando que una de las correas se balancease en su dedo.

—¿Un arnés?

—Sí, ¿quieres probarlo? —Asentí tragando saliva, aquello había hecho tener más ganas aún de sexo—. Ayúdame a ponérmelo.

Con mis manos temblorosas por la expectación que me provocada esa nueva experiencia abroché el arnés ajustándolo a sus ingles, a esas perfectas nalgas que rocé suavemente en el proceso. De su pelvis nacía un consolador en forma de pene de tamaño considerable.

La rodeé por la espalda llenando de atenciones sus pechos, firmes, turgentes, que me volvían loca, que me encantaba devorar.

—Ponte delante de mí, a cuatro patas, cielo.

Obedecí, dejándome hacer, sin recelos ante lo que venía. Se agachó sobre mí, sentí sus senos presionando en mi espalda y el falso falo tocando los labios mojados de mi sexo. Me rozaba con él para lubricarlo.

—Cielo, eres perfecta, quiero hacerte mía una vez más. Quiero que grites mi nombre.

Se incorporó introduciendo aquel juguete dentro de mí, suave, lentamente, dejando que me acostumbrase a la intromisión. Oscilo sus caderas en una cadencia lenta. Sentí su mano apoyada en mi espalda. El calor de mi interior iba creciendo, a la vez que aquel elemento salía y entraba. Darla aumentó la velocidad de sus acometidas y me sentí a punto de explotar.

—Lucía, Lucía, Lucía —no paraba de nombrarme al ritmo de sus empujes —Lucía, mi amor, estoy a punto.

Y al decirlo me dio un azote acompasado con su fuerte penetración que me hizo llegar al orgasmo más fuerte de mi vida.

—Carlaaaaa —grité extasiada sintiéndola aún dentro.

Se inclinó sobre mí, besando mi nuca. Se movió ligeramente para arrancar los últimos estertores de mi pasión vaciada y salió.

Nos tumbamos una al lado de la otra, agotadas, necesitadas de nuestros cuerpos. Le quité el arnés con delicadeza antes de abrazarnos cayéndonos dormidas así, unidas en un sueño que duró hasta bien avanzada la mañana.

Cuando me desperté me encontré de frente con su mirada profunda observándome y una dulce

sonrisa en su rostro. Sus dedos paseaban por el contorno de mis pechos. Unos segundos después apartó su vista de mí. Se incorporó sentándose en el borde de la cama. La rodeé en un cálido abrazo por la espalda, besando su mejilla. Ella se levantó tendiéndome su mano. Acepté su invitación cogiéndola fuertemente para salir de la cama. Me llevó frente al espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes. Se puso detrás de mí abrazándome por la espalda. Posó su barbilla en mi hombro y sonrió ante la imagen que nos devolvía el espejo. Las dos estamos desnudas, vulnerables, tal y cómo éramos.

—Te ves preciosa, eres preciosa —besó mi cuello y volvió a mirarnos. Sentí como si hubiese palabras en su garganta que se negasen a salir— Míranos, encajamos bien juntas.

—Carla, esto me da mucha vergüenza.

—Cielo, ¿por qué? Anoche también estábamos así, solas tú y yo sin más ropa que nuestras pieles, y no fue rubor lo que vi en tus mejillas. Anoche, y en mi casa, y todas las veces que hablamos o más a través de las redes. Estamos muy bien juntas, creo que, que podríamos ser novias, vernos en exclusiva. Me gustaría tanto ser tuya, solo tuya.

Bajé mi mirada al suelo. Amaba a esa mujer, al menos creía hacerlo, pero no era suficiente. Estaba preparada para aceptar que me gustaban las chicas, pero no para salir del armario, no para que todo el mundo lo supiese. Los prejuicios, el mundo en el que había crecido, al que me tendría que enfrentar, me frenaban, no era tan valiente para vivir mi vida a pesar de ello, para ser feliz por encima de lo que pudiese sucederme por buscar mi propia felicidad sin hacerle daño a nadie. Tenía miedo, mucho miedo, del que dirán. Y me venció, me venció ese temor cuando respondí a la propuesta de Carla.

—Lo siento, lo siento mucho, no puedo, no quiero ser tu pareja.

Capítulo 23

25 de septiembre de 2018

Se levantó al verme, acercándose a mí con esa eterna sonrisa. Sus pasos eran cortos, dubitativos, al igual que los míos. Había querido a Carla, mucho, y la había perdido por vergüenza, por mi cobardía. No sabía cómo actuar en ese reencuentro.

—Hola —me saludó en voz baja alzando su mano en el aire.

—Hola, Carla.

—Estás muy guapa.

Me abrazó, un abrazo largo y fuerte. Envuelta en su extremidad me sentí en paz, protegida, aunque tremendamente vulnerable. Oculta en el hueco de su hombro me permití romper a llorar.

—Lu, cielo, ¿estás bien? —negué sobre su hombro llenándolo de lágrimas—. Tranquila, estoy aquí, eso nunca ha cambiado. —Intentaba consolarme acariciando con su mano mi espalda.

—Estoy bien, estoy bien, perdona —respondí separándome de ella mientras limpiaba los restos del llanto—. Me has cogido en un momento complicado, solo eso.

—Puedes contar conmigo, Lu. Lo sabes. Lo hemos hablado todos estos años.

—Lo sé, te has portado como una amiga, a pesar de que yo...

—A pesar de que tú nada, Lu. Nos quisimos, pero queríamos cosas distintas. Quince años de diferencia en nuestras vidas, quizás eran un abismo insalvable.

—No creo que fuese la edad, Carla, simplemente no estaba preparada para algo serio.

—No, no estabas preparada para algo serio conmigo, Lu, con una chica.

Escondí mi rostro tras mis manos.

—No, no lo estaba. —Miré a sus ojos, seguían tan llenos de fuerza como hacía cuatro años—. Me alegra mucho volver a verte —revelé entrelazando nuestros dedos.

—Y a mí, Lucía, y a mí. Estaba por aquí y no podía perder la ocasión de intentar quedar contigo. Quise venir a verte tantas veces... Pero no sabía cómo ibas a reaccionar.

—Me habría encantado que vinieses, arreglar lo nuestro. Pero oye, gracias a mí negativa al final encontraste el amor. Me gusta mucho esa chica para ti.

—¿Alejandra? Uy, cuánto hace que no estoy con ella. Al final me inoculaste tus miedos y no he sido capaz de tener una pareja estable. No cómo tú.

—¿Cómo yo?

—Sí, con Pablo.

—Cierto, cierto, con Pablo.

—¿Por qué pensabas que lo decía? —preguntó alzando una ceja.

—Por el tweet.

—Ah, el tweet, cierto. Lo siento mucho, Lucía. Sé lo importante que era para ti. —Posó su mano en mi mejilla y la besó, manteniendo el roce de sus labios más de lo necesario—. Espera, ¿qué tiene que ver la muerte de tu madre con tener pareja estable?

—Nada, más allá de la interpretación que le dan algunas personas.

—¿Qué interpretación?

—Qué estoy saliendo con una chica.

—No sería nada malo, ¿no?

—No lo sería, Carla, pero parece que el pensar que puedo estar teniendo algo serio con una chica ha despertado las ilusiones de...

—De tu extenso club de fans —dijo riendo antes de recibir una palmada en su hombro.

—Oye, ni que fuese levantando pasiones allí por donde paso. No soy para tanto.

—Eso es porque no te quieres ver como nosotras te vemos, Lucía. Eres un amor de niña. Siempre lo has sido. Pablo tiene mucha suerte, llegó en el momento justo.

—Carlaaa, tú también no, por favor.

—¿Yo también no qué?

—Que estás coqueteando.

—A ver, —se separó de mí—, no estoy coqueteando, es lo que siempre he pensado de ti. No he venido a recuperar un amor perdido, he venido para acompañarte en este duelo. Te conozco, Lucía, más de lo que crees. Sé lo que significaba tu madre para ti, lo mal que lo estarás pasando, y que no dejarás a nadie que te ayude, ni siquiera a Pablo. Pero a mí me vas a dejar, porque no voy a irme de tu lado, no hasta que sepa que estás bien, y no solo de palabra, ¿estamos? Así que no intentes ahuyentarme con tonterías y dime, ¿qué te apetece hacer? —me encogí de hombros.

—Está siendo un día complicado.

—Está bien, sé lo que necesitas. ¿Confías en mí?

Capítulo 24

25 de septiembre de 2018

La tarrina de helado vacía reposaba en la cama separando nuestros cuerpos. Miré a Carla. Tenía la cuchara en su boca, saboreando los últimos compases de ese último bocado con sus ojos cerrados, sin prestar atención a la película que habíamos alquilado.

Me encantaba aquella historia de una mujer que se enamora de la florista el día de su boda. Ella lo sabía, en nuestro corto noviazgo, que yo no quise admitir como tal, habíamos hablado de ese film innumerables veces, aunque esta era la primera vez que la veíamos juntas.

Había sido una tonta por dejarla escapar, pero hacerlo me había aportado una gran amiga que no dejaba de sorprenderme con su sensibilidad y empatía.

—Ven —me dijo apartando la tarrina de helado de entre nosotras e invitándome a acurrucarme en su pecho—. ¿Has llorado?

—Antes.

—¿Solo? —Asentí—No tengas miedo de hacerlo. No tienes por qué ser fuerte a todas horas.

—Todo esto es una mierda, Carla. Mi vida es un caos, y ella no está, y habéis vuelto del pasado a volverme loca, y no puedo, no puedo con todo esto, me supera.

—¿Qué te supera?

—Que yo os quise mucho a todas, cada una de un modo distinto, a Maca de un modo enfermizo, Paz fue un amor platónico, tú, bueno, tú ya lo sabes, te amé con cobardía. Y a Pablo, le quiero, me lo ha dado todo, estoy genial con él...

—¿Pero?

—Pero llegan los fantasmas y no estoy en mi mejor momento, y no quiero que me pase de nuevo lo que me sucedió cuando ella se suicidó.

—Le quieres, a Pablo, digo. Pues ya está, olvídate del pasado.

—¿Y si no puedo? Estos días he vuelto a sentir lo que sentía entonces. Esa pasión, ese deseo, esas ganas irrefrenables de estar con ellas.

—Amiga, si no puedes olvidarte del pasado es que ese pasado aún es presente. —Me besó en la coronilla antes de apretarme más contra ella.

—Ese es mi problema.

Me acerqué a sus labios cambiando el rumbo de mi boca en el último momento para depositar un beso en su mejilla.

—Gracias, Lu.

—¿Por qué?

—Por no tener que ponerme en la tesitura de rechazarte.

—¿Lo habrías hecho?

Y sin responderme, con la duda aún flotando en el aire, me tumbó sobre la cama y me devoró, justo antes de separar su boca de la mía.

—Eres mi debilidad, pero creo que no debemos complicar más esta situación.

—Tienes razón, Carla —contesté jadeando—. No deberías complicarnos más, pero... —Jugueteé con sus pezones antes de girarla para acabar a horcajadas sobre su cuerpo.

—Pero nada, cielo. No quiero aprovecharme de ti, hoy no será, ¿vale?

Acepté la decisión de Carla dejándome caer a su lado, apoyando mi cabeza en su pecho. Ella me besó la frente.

—¿Puedo quedarme aquí, contigo, esta noche?

Carla asintió, pegó su cuerpo al mío. Yo me acomodé en sus curvas, y así, en silencio, me dejé vencer por Morfeo, mecida por la paz que me transmitía el tacto de su piel.

Capítulo 25

26 de septiembre de 2018

Entré a casa después de una noche acurrucada junto al cuerpo de Carla. Me sentí igual de protegida que hacía años. Parecía que nada había cambiado entre nosotras y, sin embargo, había océanos que nos separaban.

Agité mi cabeza. Ya no estaba entre sus brazos, bajo su protección, tendría que enfrentarme sola a la zona de guerra que tenía dentro de mi casa. En cuanto posé un pie en el piso oí cómo Pablo se acercaba hacia mí rodeándome con fuerza, plantándome besos por toda mi cara.

—¿Estás bien? —Asentí desconcertada—. Me tenías muy preocupado, no me avisaste de que no venías a dormir, no respondías a los mensajes, ni a las llamadas, y luego, luego apareció Paz, con la cara congestionada cómo si hubiese estado llorando toda la noche. Pensé que os había pasado algo, que te había pasado algo.

—Perdona, Pablo, debo tener el móvil en silencio. No ha pasado nada, todo está bien.

—¿Y entonces por qué está haciendo las maletas Paz? ¿Y dónde has estado toda la noche?

—¿Cómo que está haciendo las maletas si no tiene dónde ir?

—No lo sé, no ha querido decirme nada. Solo me ha dado las gracias por todo y me ha dicho que no puede estar más aquí.

—Joder, si es que no sale una a derechas.

—Vete a hablar con ella, anda, aún está en la habitación.

No me apetecía mantener la conversación que teníamos pendiente Paz y yo en ese momento, el tema no había reposado lo suficiente para que no nos hiciésemos más daño, pero no podía permitir que ella se quedase, de la noche a la mañana, sin un techo bajo el que dormir porque yo hubiese sido una cobarde. Así que me tragué mi orgullo y avancé con paso decidido hacia su habitación.

Al otro lado de la puerta se la escuchaba trastear con los cajones. Inspiré fuertemente y pasé sin pedir permiso. Nos encerré a las dos posando mi espalda en la única vía de escape para impedir que abandonase la estancia sin escuchar lo que tenía que decirle.

—Lo siento, Paz —pedí disculpas con la cabeza gacha y la culpabilidad campando a sus anchas por todo mi cuerpo.

—¿Y qué sientes exactamente? ¿Mentirme? ¿Traicionar mi confianza? ¿Haberme enviado una y otra vez a los brazos de Maca sabiendo que yo era una cornuda? ¿Reírte de mí todos estos años?

—Siento no haber sido lo suficientemente valiente para contarte la verdad, para que lo supieses por mí.

—¿Y cuál es la verdad, Lucía? ¿Qué he sido yo para ti todos estos años?

—Un imposible.

—¿Por qué lo has hecho, Lucía? —preguntó sentándose en la cama—. ¿Por qué me lanzabas a los brazos de Maca sabiendo cómo era?

—Porque te veía feliz, porque la querías.

—La quise, claro que la quise, pero no era feliz a su lado, ni la mitad que lo era contigo, y solo éramos amigas.

—¿Éramos?

—Ahora no sé si realmente lo fuimos.

—Paz —Me arrodillé frente a ella tomando sus manos—. Créeme. —Las besé—. Nunca he querido hacerte daño. Lo mío con Maca fue una obsesión, me dejé llevar, no estaba en mi mejor momento y ella me dio un refugio. Me equivoqué, lo supe en cuanto te conocí, quizás por eso insistía tanto en que estuvieses con ella, para acallar mi culpa.

—Las cosas no se hacen así, Lucía.

—Tienes razón, toda la razón. Pero yo te sigo considerando mi amiga, te quiero, Paz, te quiero mucho y lo sabes, eso no se puede fingir. Todos estos años, las conversaciones, la complicidad, no se pueden fingir. Perdóname, por favor. —Me acerqué más a ella hasta posar mi rostro en su pecho—. Perdóname, por favor.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro libremente empapando sus ropas. Paz seguía con sus brazos posados en el colchón sin la más mínima intención de rodearme con ellos. Pasaban los minutos sin que mi desesperación la ablandase, aunque sin que me retirase de su lado.

—No puedo verte así, Lucía. No puedo. Pero lo que me has hecho... No se le hace a una amiga. Si tú supieses lo que ha significado para mí. Lo tienes que saber, Lucía. ¿Por qué con ella sí y no conmigo? ¿Por qué me apartaste?

—Porque a ti no podía hacerte eso, Paz. No podía estar contigo, no podía sin contarte lo que había pasado con ella. Dios, no sabes cuanto deseaba haber seguido hasta el final esa noche, no sabes cuantas veces he pensado en lo diferente que habría sido todo si no hubiese sido una cobarde.

—Preferiste a Maca, una niña de doble cara, que a mí que iba de frente, que sabes cómo soy, que nunca te engañaría, que me desviviría por ti. La preferiste a ella.

—No, te preferí a ti, Paz. Elegí no hacerte daño. A ella sabía que no iba a dañarla si al final decidía no atreverme con esa relación. Estaba muy confusa, no tenía fuerzas para gritarle al mundo que me gustaban las mujeres y tú no te mereces eso, Paz.

—No, solo me merezco que mi pareja y mi mejor amiga se acuesten a mis espaldas y me lo oculten durante años. —Me apartó de su lado y se levantó para perder su mirada a través de los cristales de la ventana.

—No te vayas. —Me volví a acercar a ella abrazándola por la espalda, besando su cuello—. No te vayas, por favor. No puedo perder tu amistad.

—Y yo no puedo ser solo tu amiga. Ya no, no sabiendo que ser mujer no es un problema para que estés conmigo.

—Quédate.

—¿Y ver cómo eres feliz con otro y no conmigo? No puedo, Lucía, entiéndelo. Te he querido todos estos años, en silencio, me valía ser un amor platónico, ser tu amiga. Ahora no, ahora tengo que quererme a mí.

—No sé cómo podré acostumbrarme a no tenerte en casa.

—Igual que te acostumbraste a no tenerme en tu corazón.

—Nunca has dejado de estar en él, Paz y nunca dejarás de hacerlo.

Giré su cuerpo hasta que la tuve frente a mí. Coloqué mis manos en sus mejillas y me acerqué a sus labios con una caricia suave, delicada, jugando con ellos. Enredé nuestras bocas que se buscaban ávidas después de tanto tiempo. Sentí sus manos en mis caderas, su cuerpo apretándose contra el mío y su lengua buscando un espacio por el que entrar en mi boca para jugar con la mía.

Aquel beso que se había quedado suspendido en el pasado se hacía realidad con la delicadeza y la intensidad que nos habíamos negado en el pasado.

El fuego se avivaba con cada roce de nuestras lenguas, hasta que la de ella salió de mi boca para tatuar de saliva mi cuello. No pude más, la empujé contra el cristal con mi pierna entre las suyas y mis manos buscando su pecho. Gimió con mi contacto, posando su frente en mi hombro con su respiración acelerada.

—No podemos, Lucía.

—Perdona, perdona de nuevo. Yo...

—Yo también. No sabes cuanto lo deseo, cuanto te deseo. Pero, no voy a ser la otra. Tú tienes experiencia en eso, pero yo no quiero ni puedo ser la otra.

—Ya veo, nunca podrás olvidar mi traición. —Me separé de ella frotándome la cara con las manos—. Siento tanto haberlo estropeado todo.

—Quiero perdonarte, Lucía, créeme, pero, aunque lo hiciese sé que no vas a dejar a Pablo por mí, no eres una valiente. No quieres hacerle daño a nadie, pero es inevitable que alguien sufra.

—Quédate unos días, hasta que encuentres algo.

—No puedo, Lucía, moriría viéndote con él.

—Te quiero —confesé deshaciendo un beso efímero en sus labios antes de marcharme de la habitación en la que dejaríamos enterrados nuestros sentimientos.

LUCÍA

Capítulo 26

11 de octubre de 2018

Todos me recibieron con sus copas en alto jaleándome. Aquellas tres mujeres, dispersas por el salón, me miraban fijamente. Intentaba llegar hasta ellas, pero todos me paraban a mi paso para felicitar-me, robarme unos minutos de mi tiempo, darme un par de besos y un tirón de orejas.

No cesaba de buscarlas con mi mirada, intentando aclarar las voces de mi corazón desbocado que buscaban hacerse oír por encima del rumor de la gente reunida en mi piso.

Pablo había desaparecido de mi lado, me había dejado volar libre a la hora de tomar mi decisión. A pesar del vértigo que sentí al no tenerle cerca, agradecí su gesto, que me permitía aclararme sin presionarme con su presencia. Él tenía razón, quedarme a su lado por ser la decisión fácil tan solo nos abocaría a una ruptura tarde o temprano. Pero en realidad, de quedarme con él, ¿sería por ser la decisión fácil? ¿No podía ser por qué le amase?

Entre brindis, intercambios de sonrisas, búsquedas entre la gente y nervios que iban acrecentándose a cada segundo, tuve clara mi decisión. Hacía tiempo que mi corazón ya la había tomado por mí, pero no había sido capaz de escucharlo, no había sido capaz de apostar mi alma por amor. Había necesitado lo sucedido en esos meses, tras el tweet dedicado a mí madre, para darme cuenta de que necesitaba apostar-lo todo al rojo a riesgo de quedarme en bancarrota sentimental.

Caminé abriéndome paso entre la gente. Carla me sujetó del brazo retirándose hacia una esquina. Me dio un par de besos felicitándome.

—Estás muy solicitada, la chica de moda.

—Es lo que tiene ser la protagonista de la fiesta.

—No lo digo por el resto, si no por esas dos. No han apartado la mirada de ti, y no veas que caras.

—Vaya, no me digas que no causo ese efecto en ti.

—Ese y más. —Tocó suavemente mis brazos—. Pero mis ojos no se encienden de ira cuando otra te toca—. Susurró a mi oído.

—Mira que eres tonta.

—¿Cuándo te crearás que eres capaz de eso y más?

—Sí, capaz de muchas cosas soy, pero no todas buenas, Carla.

—Cielo, míralas —Me giró para que enfrentase sus miradas mientras seguía rozándome y hablándome al oído para molestarlas—, cómo se me ocurra plantarte un beso en la boca me arrancan los pelos.

—Ja, ja, ja. Siempre igual, Carla.

—Entonces, ¿no puedo regalarte un beso por tu cumpleaños? —Enarcó su ceja.

—Sabes que me encantaría —respondí girándome hacia ella besando su mejilla—, pero lo nuestro es cariño, Carla, ya solo es amistad, muy buena, pero tan solo eso.

—Vaya, que sorpresa, no te mueres por mis huesos. ¿Puedo hacer una apuesta?

—Bruja —contesté golpeando en broma su brazo con mi puño.

—Ay, oye... Me ha encantado volver a verte. —Me abrazó con fuerza y yo me aferré a ella—. Espero que sigas sin tener problemas para cruzarte WhatsApps conmigo.

—¿Por qué iba a no hacerlo?

—Porqué igual tu pareja se pone muy nerviosa.

—Nunca lo ha hecho —contesté aún abrazada a ella.

—Pablo nunca lo ha hecho, pero no estoy hablando de él.

—¿Cómo sabes...? —pregunté sorprendida separándome de ella.

—Te conozco, Lucía. Puede que no quisieses ser mi novia por miedo a mostrar tu sexualidad al mundo, pero siempre supe que la razón era otra, que aún había alguien instalado en tu corazón.

—Eres una gran amiga, Carla. —Volví a besarla—. Gracias por estar siempre ahí.

—Anda, ve, ya habéis esperado demasiado tiempo para estar juntas.

Asentí comenzando a caminar hacia el otro extremo del salón. Seguían interrumpiendo mi avance. Estaba hastiada de tantas atenciones. Necesitaba llegar hasta ella, dejarlo todo claro y comenzar de cero lo que en aquel entonces había dejado a medias. Por fin lo logré. Inspiré con fuerza sin dejarme cautivar por esa mirada traviesa.

—Tenemos que hablar. —La aferré por el brazo arrastrándola conmigo hasta mi habitación sin darle opción a oponerse.

—Vaya, con lo tímida que eres y ¿quieres hacerlo aquí con tanta gente en el salón? —Su dedo ascendió y descendió por mi brazo en varias ocasiones.

—Deja ya de tocarme. —Golpeé su mano con fuerza—. Se acabo este jueguecito. No sé lo que quieres de mí y no me importa, ahora soy yo la que no quiero seguir con esto.

—Vaya, pensé que teníamos una conexión.

—No, Maca, no tenemos nada, simplemente me dejé llevar porque soy una idiota. No era inmadurez lo que te hacía actuar así, eres así. No has venido a por mí hasta que has pensado que había otra mujer que me tenía, y has venido a por mí diciéndome que estás felizmente casada. Tú no quieres a nadie, tan solo quieres tener trofeos, saber que nos has conquistado, que has estado entre nuestras piernas. Eso no es amor.

—Te estás equivocando, Lucía, yo no he podido olvidarte.

—No has podido olvidar que fuiste mi primera chica y te escoció pensar que había otra que me llenaba de placer. Lo siento, Maca, pero no quiero volver a saber de ti. Vete de esta fiesta y de mi vida.

—Lucía, por favor. —Acercó su cuerpo a mí—. Sabes que no puedes vivir sin mí.

—Lo he hecho todos estos años y, la verdad, no me ha ido tan mal. Adiós, Maca.

Y sin esperar por su repuesta me marché de allí, de aquella habitación en la que cerraba dos etapas de mi vida, la pasada con Maca, y la que estaba viviendo con Pablo. Carla tenía razón, era ella, siempre había sido ella, Paz, la que me había robado el alma incrustándose profundamente en mi corazón.

La busqué por todo el salón sin encontrarla. Carla cruzó su mirada con la mía haciéndome un gesto con su cabeza en dirección a la puerta de salida. Aceleré mis pasos hacia ella para salir en busca de Paz. Tenía que encontrarla antes de que desapareciese de mi vida por siempre, necesitaba intentarlo, intentar que se quedase conmigo, que apostase por lo nuestro, que me diese una oportunidad.

Bajé corriendo las escaleras del edificio, salí a la calle. La cortina de lluvia que me impedía ver con claridad me empapó en segundos. La llamé gritando su nombre. Al fondo, un cuerpo se quedó parado por un segundo bajo un paraguas como el de Mary Poppins. Era ella, era mi extravagante Paz. Recé para que, como en la película, no saliese volando escapándose de mí. Corrí hacia ella como alma que lleva el diablo. Llegué a su lado al límite de mis fuerzas. La sujeté por el brazo para que se detuviese a la vez que me doblaba sobre mí misma para recuperar el aliento.

—Espera...espera...un...momento.

—Te vi, vi cómo te ibas con ella a la habitación. ¿No vas a dejar de humillarme?

—No es lo que piensas, Paz. —Me incorporé para mirarla fijamente a sus ojos azules mientras me confesaba—. Eres tú, siempre has sido tú.

—¿Entonces porque te encerraste con ella en una habitación? Con ella, Lucía, no conmigo. No me mientas de nuevo.

—No te miento, Paz, no te miento. —Sujeté su cara con mis manos—. Mírame, mírame. Solo quería decirle que me dejase tranquila, que no quería nada con ella. Con quien lo quiero es contigo, Paz. —Sonreí—. Contigo, ahora y siempre.

—¿Conmigo? ¿Es, es verdad?

—Aja. Contigo, solo contigo, pese a quién le pese.

Me atreví a besar sus labios. Paz dejó volar su paraguas para aferrarse a mi cuerpo mientras su boca exploraba la mía y sus manos recorrían mi espalda, mi cintura, cada centímetro de mi cuerpo.

—Feliz cumpleaños, Lucía —acertó a decir entre besos y jadeos.

La lluvia goteaba por nuestros cabellos sin poder enturbiar nuestras sonrisas entrelazadas, sin poder rebajar el calor de nuestras apasionadas caricias.

—Y, ¿estás preparada para salir del armario?

—Paso a paso, Paz.

—Es que creo que ya lo has hecho, y por la puerta grande.

Giré mi cabeza sin deshacer el abrazo en el que tenía atrapada a Paz para ver a todos mis amigos asomados a las ventanas de mi piso observándonos desde ellas. En aquel momento los vítores y aplausos inundaron la calle al grito de: ¡Vivan las novias!

Me escondí en el hueco de su hombro riéndome, aunque muerta de vergüenza, cuando me di cuenta del tremendo error que había cometido.

—Lucía, ha sido la mejor declaración que me han hecho jamás, pero debemos irnos —confesó frenando los besos.

—Sí, volvamos a la fiesta. —Negó mordiéndose el labio inferior— ¿No?

—No.

—Perdona, pero yo, yo tengo que volver con Pablo. Espérame, ¿sí? —decía mientras me separaba lentamente de ella hasta que el agarre de nuestras manos iba deshaciéndose poco a poco—. Ahora mismo vuelvo.

Me marché, sin mirar atrás, sin comprobar la expresión de su rostro. De haberlo hecho habría sabido que, al volver, Paz se habría marchado de esa calle, aunque esperaba que no de mi vida.

Capítulo 27

11 de octubre de 2018

Estaba en el hotel de Paz, frente a la puerta de su habitación. La posibilidad de que existiese un lo nuestro nunca había sido tan real, aunque la sombra de la duda me sobrevolaba después de no haberla encontrado en la calle al volver de mi piso. Golpeé con mis nudillos. El silencio al otro lado estranguló mi corazón hasta que distinguí los sonidos tenues del llano al otro lado. Insistí. Poco después apareció su imagen ante mí, con su hermoso rostro congestionado. Comprendí que sus lágrimas habían vagado con libertad por sus mejillas desde que la había abandonado en la calle. Tenía que ponerle remedio, no podía verla sufrir sin motivo. Quería explicarle todo, estar a su lado, ser el motivo de su felicidad, no de su desdicha, no otra vez, la había hecho sufrir demasiadas veces.

—Recuperé tu paraguas.

—Gracias.

Lo cogió adentrándose en la habitación dejando la puerta abierta. Lo tomé como una invitación.

—Cuando volví no estabas. Creí que me esperarías.

—¿Por cuánto tiempo debería esperarte esta vez? ¿Años?

—Tenía que volver con Pablo.

—Ese es el problema, que decidiste volver con él.

—Joder, Paz, que se enteró de que le dejaba porque nos vio besándonos en la calle desde la ventana. Le debía una explicación. —Me acerqué a su espalda sin que ella se apartase—. Ya la he cagado bastante, solo quería empezar lo nuestro bien, de cero, sin cabos sueltos.

Se giró limpiándose las lágrimas que habían vuelto a pasear por sus mejillas.

—No llores, por favor, no llores, Paz. Yo solo quiero hacerte feliz. —Besé los rastros de su llanto con mis manos posadas en sus carrillos—. Déjame hacerte feliz.

Asalté su boca con caricias suaves de mis labios, lentas, delicadas, centrándome en cada sensación que el roce de su piel me transmitía.

—Somos tú y yo, Paz, ahora somos tú y yo, como siempre debería haber sido. Perdóname por haber sido tan estúpida, por habernos hecho perder tanto tiempo.

Me abrazó sollozando escondida en el hueco de mi cuello. La rodeé con mis brazos deseando con toda mi alma que se sintiese protegida entre ellos. Besé su pelo apretándola contra mí.

—Te quiero, Paz, siempre te he querido.

—Ha sido tan duro vivir sin ti —confesó entre hipidos.

—Si tú quieres ya no tendremos que hacerlo.

Recorrió mi cuello con besos, paseó con ellos por mi mandíbula, hasta que volví a sentir sus labios calientes, hinchados, en mi anhelante boca. Nunca había necesitado tanto sentir a alguien como la estaba necesitando en esos momentos.

—Quiero, Lucía. Quiero cada día del resto de nuestras vidas contigo.

Nuestras lenguas bailaban mientras nuestros cuerpos pegados avanzaban hacia el borde de la cama. Mis piernas chocaron con el colchón, perdí la estabilidad cayendo sobre él con Paz sobre mí. Sentir la presión de sus pechos en los míos me hizo perder la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Necesitaba tocar cada centímetro de su piel, acariciar el centro de su placer, lamer sus pechos, perderme en el abismo de su boca, la necesitaba a ella, en ese momento, siempre.

—Eres el mejor regalo de mi vida.

Paz acalló mis palabras sellando mis labios con su dedo índice. Me incorporó ligeramente para quitarme la camiseta. Me encontraba expuesta, con mi sujetador como única frontera hasta mis senos. Ella se despojó de su ropa con un gesto sensual. En ese momento ya estaba a punto de arder por combustión espontánea. Me acomodé en la cama arrastrándola conmigo antes de que me quitase lentamente los pantalones y mis bragas empapadas.

Paz se sentó a horcajadas sobre mí, desnuda, masajeando mis pechos, hasta inclinarse sobre ellos para obsequiarlos con caricias de su lengua. Me retorcí de placer. Aquello era solo el comienzo, un comienzo muy ardiente que anticipaba un futuro de pasión entre nosotras.

—Te necesito, Paz, te necesito ya, con urgencia... —gemí de placer ante la batalla que aquella mujer estaba librando sobre mi cuerpo.

—Recuperaremos el tiempo perdido, amor, empezando por esta noche, por estos besos, te lo prometo.

Giramos nuestros cuerpos enredados. Entrelazamos nuestras manos. Comenzamos con el vaivén de nuestras caderas buscando el placer que nos habíamos negado en el pasado. Y entonces comprendí que todos los caminos de mi vida llevaban a Paz, a sus brazos, a sus días, que ella era mi destino, la dueña de mi corazón, que por ella sería capaz de enfrentarme a todo, a mis miedos, a mi familia, a la sociedad y al mundo entero, para protegerla, para hacerla feliz, para gastar el resto de mi vida a su lado.

FIN